

# HISTORIA DE ANDALUCÍA

## I

*La Antigüedad:  
del poblamiento a la madurez de los tiempos antiguos*



Director del volumen  
MANUEL BENDALA GALÁN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
GRANADA  
N.º Documento 516481082  
N.º Copia 117787749

Coeditado por  
Fundación José Manuel Lara  
Editorial Planeta Grandes Publicaciones

FUNDACIÓN JOSÉ MANUEL LARA

*Patronato*

Presidente  
José Manuel Lara Bosch

Vicepresidente  
José Creuheras Margenat

Vocales  
Consuelo García Piriz  
Antonio Prieto Martín

*Consejo cultural*

José M<sup>a</sup> Casado Raigón  
Pedro Cerezo Galán  
Jacobo Cortines Torres  
Emilio Lledó Íñigo  
Antonio Prieto Martín  
Gregorio Salvador Caja

*Director general*

Javier Harillo Falcón

*Director de la obra*

Antonio Prieto Martín

EDITORIAL PLANETA S. A.  
GRANDES PUBLICACIONES

Director General  
Manuel García Piriz

Subdirector General  
Eusebio Ferrés

Editado por  
Centro Editor PDA

Realización  
Ormobook, Servicios Editoriales

Coordinación  
Alberto Ollé

Iconografía  
Miguel Ángel Faidella, David Fernández de Castro,  
Laura Raventós y Núria González

Cartografía  
IDEM, S.L.

Diseño de la cubierta e interior  
El taller interactivo

Fotografías  
IGDA (Milán), Cover/Corbis (Barcelona), SAC (Barcelona)

© Fundación José Manuel Lara

ISBN Obra completa: 84-96556-44-1 / 978-84-96556-44-7  
Volumen I: 84-96556-45-X / 978-84-96556-45-4

Depósito legal: SE-3392-06

Impreso en España - Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, reprográfico, gramofónico u otro, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

# Sumario

## Volumen I

### *La Antigüedad: del poblamiento a la madurez de los tiempos antiguos*

Director: MANUEL BENDALA GALÁN. Universidad Autónoma de Madrid

Presentación de la obra.....	9
1. Desde la Prehistoria al paso de la Antigüedad Tardía.....	21
1.1. La Prehistoria	
FERNANDO MOLINA GONZÁLEZ, JUAN ANTONIO CÁMARA SERRANO. Universidad de Granada	
1.1.1. Los primeros pobladores de Andalucía.....	22
1.1.2. El Neolítico: continuidad y cambios en las comunidades andaluzas.....	32
1.1.3. Las primeras sociedades complejas: Andalucía durante el III milenio.....	47
1.1.4. Andalucía durante el II milenio a.C.: las primeras sociedades aristocráticas.....	61
1.2. Las primeras culturas históricas: Tartessos y las colonizaciones	
MANUEL BENDALA GALÁN. Universidad Autónoma de Madrid	
1.2.1. Tartessos.....	82
1.2.2. Los pueblos colonizadores.....	110
1.2.3. La presencia griega.....	116
1.3. De Tartessos a la conquista romana	
MANUEL BENDALA GALÁN. Universidad Autónoma de Madrid	
1.3.1. De Tartessos a Turdetania.....	119
1.3.2. La presencia y el dominio de los cartagineses.....	129
1.3.3. La conquista de los Barca: la entrada en la órbita helenística.....	133
1.4. En el Imperio romano: la provincia Baetica	
MANUEL BENDALA GALÁN. Universidad Autónoma de Madrid	
1.4.1. Conquista e historia de una provincia romana.....	147
1.4.2. La Baetica: su caracterización social, geopolítica y administrativa.....	154
1.4.3. Continuidad y cambios estructurales: el nuevo paisaje urbano.....	164
1.4.4. Semblanza cultural y económica.....	174
2. Artículos magistrales.....	183
2.1. Iocosae Gades: pinceladas para un cuadro sobre Cádiz en la Antigüedad	
ANTONIO GARCÍA BELLIDO.....	184
2.2. Las esculturas de Porcuna. Estatuas de guerreros	
ANTONIO BLANCO FREIJEIRO.....	202

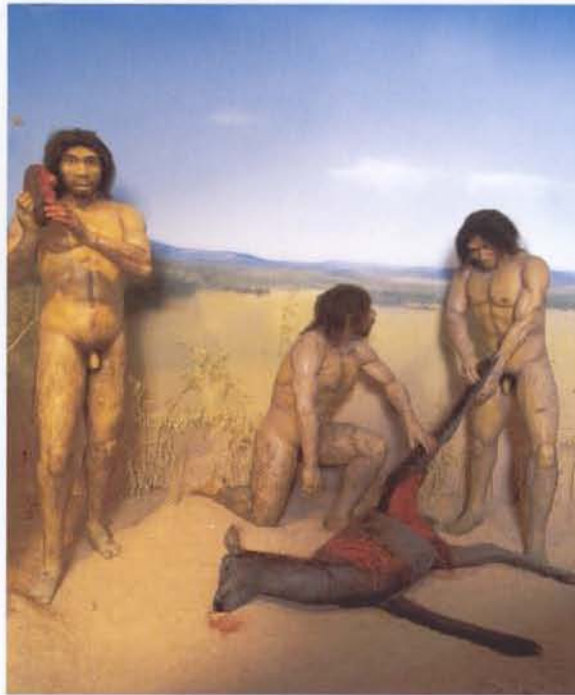


## 1

# Desde la Prehistoria al paso a la Antigüedad Tardía

*Las tierras andaluzas subrayaron pronto su cualidad de escenario privilegiado para el desarrollo humano, para la creación de eficaces y ricas culturas. Su posición geográfica, a caballo entre el Mediterráneo y el Atlántico, sobre el pasillo marítimo que los comunicaba y que separaba y unía sus tierras con las de África, su clima bonancible, la fertilidad de sus tierras, la riqueza minera de sus serranías, la posesión de costas accesibles y de un río navegable, el Guadalquivir..., todo contribuyó a hacer de Andalucía un teatro destacado en el desarrollo inicial de las formas de cultura que desembocarían en lo que actualmente somos. Durante la Edad del Bronce, así como en tiempos del mitificado Tartessos, luego en su incorporación al poderoso cosmos cultural de fenicios y púnicos y, finalmente, en la determinante consolidación de la Bética romana, las tierras andaluzas ocuparon un puesto de verdadera vanguardia histórica.*

Representación de un caballo  
en una pintura rupestre de la cueva  
de La Pileta, Benaoján (Málaga).



## 1.1. La Prehistoria

FERNANDO MOLINA GONZÁLEZ, JUAN ANTONIO CÁMARA SERRANO

Universidad de Granada

La llegada del hombre a Europa se situaba hace más de 500.000 años; este debate fue reabierto a partir de diversos hallazgos. Los restos del *Homo antecessor*, localizados en Atapuerca (Burgos), obligaron a ampliar la horquilla cronológica a 700.000 años. Representación de escena de caza del *Homo antecessor* en una exposición del Museo de Burgos.

### 1.1.1. Los primeros pobladores de Andalucía

#### La colonización de Andalucía por el hombre y los inicios del Paleolítico

Durante muchos años, los investigadores que estudiaban la llegada y los primeros pasos del hombre en Europa suponían que tuvo lugar en un momento muy tardío, posiblemente no antes de unos 500.000 años, fecha extraordinariamente reciente si tenemos en cuenta que los primeros antecesores del hombre ya ocupaban el África oriental desde hace unos cinco millones de años. Los puntos de acceso de la migración desde el continente africano se situaban en el Próximo Oriente, el estrecho sículo-tunecino y el estrecho de Gibraltar, aunque las fuertes corrientes del tercero podrían haber hecho inviable su paso durante el cuaternario. En los últimos años, algunos hallazgos y una agria polémica han reabierto el

debate sobre la cuestión. Entre los primeros cabe destacar la aparición de varios cráneos humanos con cerca de dos millones de años de antigüedad en Dmanisi, en la vertiente asiática del Cáucaso, a las puertas de Europa. Los conocidos restos del *Homo antecessor* en Atapuerca se sitúan ya en unos 700.000 años, con importantes depósitos antrópicos en el mismo yacimiento que superan esta edad. Por otro lado, las propuestas planteadas sobre el carácter humano del célebre fragmento de cráneo de Venta Micena, en Orce, han sido desautorizadas por la mayor parte de la comunidad científica, dado su mal estado de conservación y la ausencia de cualquier actividad antrópica en el propio yacimiento o en cualquier otro de tan alta cronología.

Sin embargo, el hallazgo de industrias humanas bien contextualizadas en los yacimientos de Fuente Nueva 3 y Barranco León 5, en la misma localidad granadina de Orce, y su datación por paleomagnetismo en

1,2 millones de años, suponen un trascendental avance en la investigación de las primeras poblaciones andaluzas e incluso peninsulares, si tenemos en cuenta las evidencias que aportan las restantes regiones de nuestro país, y se rompe así el antiguo paradigma cronológico remontando la llegada del hombre a Europa a un momento anterior al último millón de años.

En consecuencia, la ocupación humana de Andalucía se inscribe en un momento relativamente antiguo del periodo geológico que denominamos cuaternario y que ocupó los dos últimos millones de años de la historia de la Tierra. El cuaternario se caracterizó particularmente por la secuencia de las glaciaciones, de clima frío acusado, con periodos interglaciares más cálidos. Aunque nuestra región, por su latitud y escasa altura, suele considerarse libre de los hielos, al menos en el pleistoceno superior, durante la glaciación de Würm las nieves perpetuas descendieron hasta los 1.800 m en Sierra Nevada, quedando cubiertos los altiplanos granadinos por una vegetación similar a la tundra ártica. En el resto de los periodos glaciales, la franja mediterránea tenía un clima relativamente suave con lluvias muy fuertes. Durante los periodos interglaciares el clima era algo más seco y cálido que el actual, y el sureste se llegó a convertir en una zona subdesértica difícil de habitar.

Para el análisis del primer poblamiento humano en Andalucía hay que destacar los hallazgos realizados en una zona especialmente interesante y de gran potencial para el estudio del cuaternario y del Paleolítico Inferior en nuestro país. Se trata de los altiplanos más orientales de Granada (Guadix, Baza, Huéscar), donde a lo largo de este periodo se formaron cuencas cerradas con grandes lagos, cuya extensión, dependiendo de los fenómenos climatológicos, fue oscilando por fuertes transgresiones y expansiones. Las riberas pantanosas de estos lagos eran extraordinariamente ricas en vegetación de herbáceas, por tanto frecuentadas por los numerosos herbívoros que vivían en la región y, en consecuencia, también por los carnívoros y el hombre, quienes buscaban su alimento en la zona. Actualmente los bordes de las depresiones



forman barranqueras que dejan a la vista los depósitos antiguos del cuaternario, observándose una alternancia de sedimentos claros de fondo de lago (lacustre) y grisáceos de origen palustre, ricos en materia orgánica, junto con depósitos de color rojo formados por coluviones y arrastre de ríos.

Los yacimientos de Orce ya mencionados y el más reciente de Cúllar-Baza I (Cúllar, Granada), datado en unos 700.000 años, resultan de trascendental importancia al presentar contextos con restos de numerosos herbívoros, algunos de gran talla, a los que se asocian útiles líticos tallados por el hombre en

Los yacimientos de Fuente Nueva 3 y Barranco León 5, ambos en la localidad granadina de Orce, aportaron nuevos datos que establecieron la llegada del hombre a Europa hace un millón de años. Huesos fosilizados localizados en Orce.



En Orce se han descubierto útiles líticos asociados a mamíferos de gran tamaño. A partir de los estudios, se establece que los primeros hombres practicaban el carroñeo de estos grandes animales. Restos fósiles de elefante, en Orce.



Hace 500.000 años se desarrolló la industria lítica que dio lugar a una nueva fase cultural denominada Achelense. En Andalucía este periodo se desarrolló en las zonas del Guadalquivir, la laguna de La Janda y el Guadalhorce. Bifaz perteneciente al Achelense.

El Achelense se divide en tres periodos (Achelense Antiguo, Medio y Superior), que se suceden en función de las transformaciones de las bifaces y los hendidores (hachas). Bifaces del periodo Achelense, Museo de Arqueología de Cataluña, Barcelona.



estratigrafías de borde de lago o de riachuelos con aguas someras de baja energía, que en ocasiones pueden considerarse de carácter pantanoso. En Cúllar-Baza I los restos de animales (elefante meridional, rinoceronte etrusco y en mayor número équidos y cérvidos) son muy abundantes y en ocasiones en conexión anatómica. Por los estudios estadísticos y los cortes en los huesos se ha descartado la intervención humana en su deposición, de modo que habrían muerto por la anegación o la acción de los carnívoros en las zonas inmediatas al borde del lago, a veces arrastrados por sus crecidas. El hombre se aprovechaba de la carne de los animales muertos y cortaba los huesos de mayor talla para extraer el tuétano.

La ocupación antigua de nuestra región ha sido apoyada en la existencia de yacimientos en los que abundan toscas industrias de cantos tallados y lascas, situados en playas fósiles en la franja costera de Cádiz, Huelva (El Rompido) y Málaga (Coto Correa). El problema es que este tipo de instrumentos perdura hasta fases avanzadas del Paleolítico Inferior y Medio y no es factible obtener dataciones en contextos fluviales o de playas muy erosionados, lo que ha llevado a las industrias a una posición derivada (no pri-

maria) en depósitos más recientes, a menudo carentes de fauna asociada. Es el caso del yacimiento gaditano de El Aculadero, para el que estudios recientes han rebajado hasta el Paleolítico Medio las antiguas dataciones inicialmente propuestas.

Del primer medio millón de años de ocupación humana en el territorio andaluz tenemos pocos más datos que ofrecer. Estos primeros grupos, escasos en número y de gran movilidad, frecuentarían las zonas que les permitieran la recogida de frutos, tubérculos y otras plantas comestibles, completando su dieta con proteínas animales procedentes básicamente del carroñeo. Descansarían en pequeños refugios en el interior de cuevas, abrigos y roquedos, aún no localizados, y fabricarían útiles líticos polifuncionales a partir de cantos de cuarcita y sílex, de los que obtendrían lascas de formas poco normalizadas.

A partir de 500.000 años, cambios importantes en la técnica de la talla dan inicio a una etapa más dinámica, caracterizada por los complejos líticos achelenses. En fases avanzadas de este periodo se asiste a importantes transformaciones socioeconómicas que no se limitan a las industrias, sino fundamentalmente al uso del fuego y a cambios en las estrategias de subsistencia que dan mayor importancia a la caza oportunística, aprovechando las dificultades de determinados animales para desplazarse y defenderse en determinados ambientes, y cazando a animales jóvenes de algunas especies (cérvidos, équidos y bóvidos), como se intuye en el importante yacimiento de La Solana del Zamborino, en la depresión de Guadix.

La secuencia del Achelense andaluz ha sido documentada especialmente en yacimientos de las diversas terrazas del Guadalquivir y sus afluentes (Jándula, puente Mocho y el río Genil), la laguna de La Janda y el río Guadalquivir, y algunos de los ríos mediterráneos como el Guadalhorce, aunque casi siempre en posición derivada. Estas industrias se han relacionado con las del norte de África, dividiéndose este periodo en tres fases (Achelense Antiguo, Medio y Superior), que tienen como principal referencia los cambios formales y tipológicos en las bifaces (hachas apun-

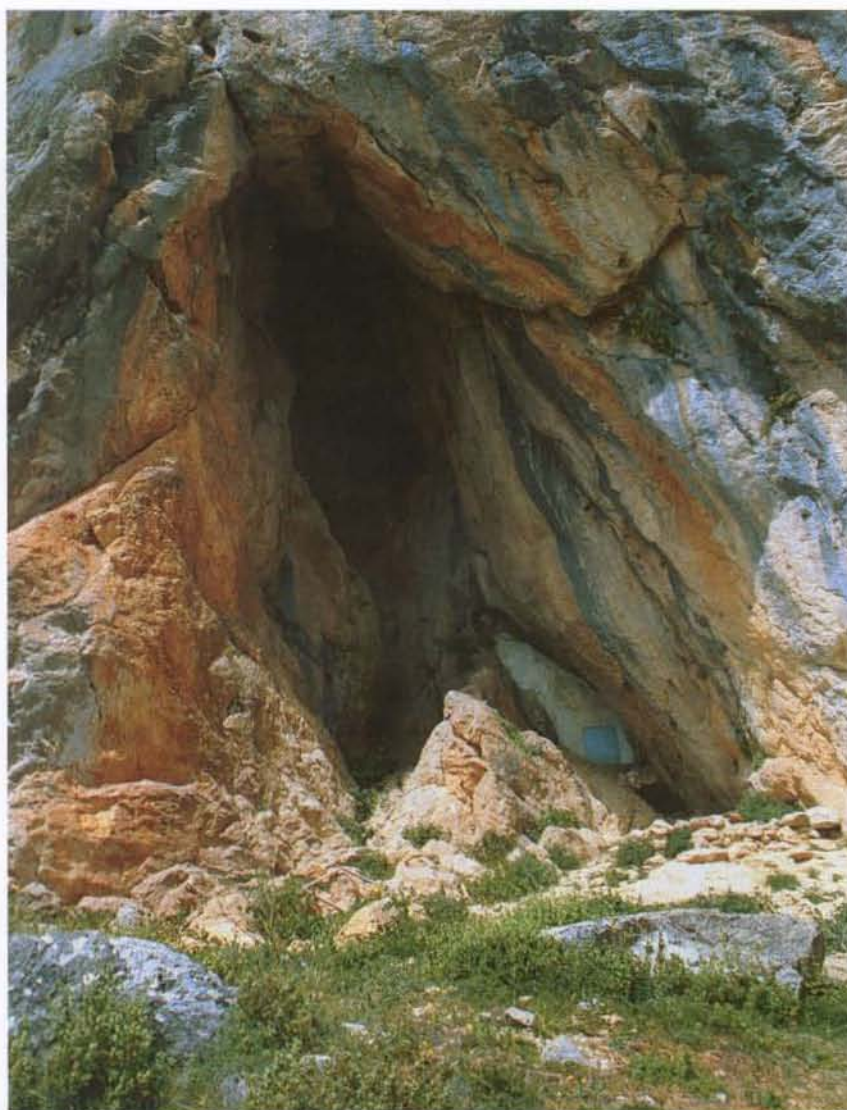


tadas de retoque bifacial), y hendidores (hachas de filo transversal), así como en la abundancia y normalización de los útiles sobre lasca. Las huellas de uso demuestran la polifunción de los bifaces, usados para despedazar y cortar carne, talar árboles y cortar madera y, en algunos casos, perforar la tierra para recoger tubérculos, raíces y otros comestibles.

Entre los yacimientos achelenses excavados en Andalucía destaca uno de los que se mantiene en posición primaria, definido como cazadero de herbívoros, aunque, como en el caso de estaciones peninsulares similares, entre ellas Torralba y Ambrona, esta atribución esté actualmente en entredicho. Se trata de La Solana del Zamborino, yacimiento situado al borde del lago que ocupaba la depresión de Guadix en los momentos más avanzados del pleistoceno medio. Cubierto somera y estacionalmente por aguas de tipo pantanoso, con vegetación muy abundante y en un ecosistema de clima más cálido que el actual, y frecuentado por herbívoros, carnívoros y humanos durante un amplio periodo de tiempo, destaca el suelo de ocupación del nivel C inferior con abundancia de fauna, restos dispersos de fuego y hogares formados por círculos de cuarcitas rellenos de cenizas, que demuestran su carácter de campamento ocasional en la época en que un grupo de homínidos se dedicó a la caza de animales jóvenes (caballos y bóvidos) y al carroñeo de otros grandes herbívoros, como los elefantes, muertos de forma natural.

### Los neandertales y las industrias musterienses

Las industrias musterienses fabricadas por el hombre de Neandertal se datan en el Paleolítico Medio, desde el interglaciar Riss-Würm –hace unos 90.000 años– hasta finales del Würm antiguo o estadio III de este periodo glacial, hace unos 35.000 años. Sin embargo, las dataciones seguras más antiguas de estos complejos líticos sólo se remontan a unos 90.000 o 95.000 años. Respecto a su final, en las cuevas de La Carigüela (Píñar, Granada) y



el Boquete de Zafarraya (Málaga) y en otros yacimientos del sur de la Península se mantienen industrias claramente musterienses al menos hasta hace unos 25.000 años, fechas en las que ya se estaba completando el ciclo aurriaco-perigordense del Paleolítico Superior en el resto de nuestro país. Al mismo tiempo, si tenemos en cuenta que en otras zonas europeas han aparecido restos de neandertales típicos asociados a complejos líticos muy antiguos del Paleolítico Superior (Chatelperroniense), la clásica ecuación entre neandertales-industrias musterienses-Würm antiguo puede mantenerse con matices. Sí parece seguro que, mientras la mayoría de los neandertales se extinguen en Europa occidental en un corto periodo de tiempo, quizá por su excesiva especialización y adaptación a un clima extremo, sin llegar a mezclarse con el hombre

Hace unos 90.000 años se inició la cultura de la industria musteriense, asociada al hombre de Neandertal y al periodo del Paleolítico Medio. La cueva del Boquete de Zafarraya (Málaga) es uno de los yacimientos de la Península con una de las ocupaciones más prolongadas y un claro mantenimiento de la cultura musteriense (hasta hace 25.000 años).

En el año 1848 se localizaron en Gibraltar los primeros restos de neandertales de la Península. Cráneo de Gibraltar, hombre de Neandertal.



moderno (*Homo sapiens sapiens*), en las serranías del Subbético andaluz se refugian durante algunos milenios los últimos grupos de este interesante tipo humano.

Durante el Riss-Würm, el clima era bastante cálido en Andalucía, extendiéndose el bosque y las praderas abiertas, que eran frecuentadas por herbívoros de mediano tamaño (équidos, cérvidos y algunos bóvidos). Más adelante, durante el pleniglacial inicial (Würm antiguo), el frío se agudizaría hasta dar lugar a la aparición de especies de pequeños herbívoros y roedores que hoy sólo viven en zonas

polares. La tundra ártica bajaba más allá de los 1.400 m y las coníferas se extendían hasta el borde de la Vega de Granada, a unos 600 m de altura. A estos momentos deben de pertenecer los restos de mamut hallados en las turberas de la localidad granadina de El Padul, los más meridionales. Sólo en los episodios interestadales más suaves avanzaban el bosque y la pradera, con cérvidos y bóvidos, en perjuicio de la tundra y la estepa y del dominio del caballo de los periodos más fríos.

Andalucía es rica en restos de neandertales. Sus primeros restos se descubrieron en 1848 en una cantera de Gibraltar (Forbes Quarry): un cráneo femenino adulto, muy bien conservado, que no fue reconocido por la comunidad científica hasta unas décadas más tarde, lo que le privó de dar su nombre a esta especie humana. En el propio Gibraltar, nuevos hallazgos en Devil's Tower y cueva de Genista completan uno de los más importantes conjuntos de neandertales de la península Ibérica. También destaca el conjunto de neandertales de la cueva del Boquete de Zafarraya (Málaga), donde se han localizado, entre otros importantes restos, un fragmento de fémur derecho de hombre adulto de cuarenta años y una mandíbula completa de otro de unos treinta años. Otros restos de neandertales proceden de la cueva de La Carigüela y Cueva

La Carigüela y Cueva Horá, en Granada, y Devil's Tower y la cueva de Genista, en Gibraltar, son cuatro de los yacimientos andaluces que han aportado más restos de neandertales. Pintura de Z. Buriau que representa a un grupo de neandertales.



Horá, localizados en antiguas excavaciones y considerados por M. A. de Lumley como una variedad del neandertal clásico reconocida como mediterránea.

Las industrias andaluzas se adscriben al Musteriense Típico, muy homogéneo durante los 70.000 años que aproximadamente dura este periodo y rico en raederas y puntas, usadas en la caza y en el tratamiento de las pieles, esenciales en momentos de clima frío. En los yacimientos excavados se observan potentes estratigrafías, con depósitos de ocupación que se superponen a los ocasionados por otros carnívoros en los momentos en que las cuevas son abandonadas por el hombre. En el peñón de Gibraltar, las cuevas de Gorham y Vanguard, situadas junto al mar, contienen abundantes desechos de su ocupación neandertal, con depósitos de unos diez metros de espesor en la primera, en los que aparece una rica acumulación de fragmentos de fauna, útiles líticos, nueces tostadas, semillas silvestres y carbón, concentrados en hogares donde los neandertales realizaban diversas actividades relacionadas con el procesado de alimentos, carne y diversos vegetales, así como encontramos en la segunda los primeros restos de actividad mariscadora documentados en la península Ibérica; Cueva Horá, cerca de Granada, las cuevas del Boquete de Zafarraya y de las Grajas, en la provincia malagueña, y Zájara I, en Almería, han aportado una información similar. Pero entre todos los asentamientos musterienenses andaluces destaca la cueva de La Carigüela, situada en un macizo calcáreo de las estribaciones meridionales de la sierra de Harana, en el término granadino de Piñar. Su potente relleno cubre todo el pleistoceno medio a lo largo de unos ochenta niveles, la mayoría de ellos con industrias musterienenses, de los cuales los más recientes ofrecen cronologías muy tardías.



En definitiva, durante el Würm antiguo los neandertales usan como hábitat fundamentalmente las cuevas, elegidas en función de varios factores: orientación solar, cercanía a las materias primas, control de los lugares de paso de los herbívoros, disponibilidad de agua y dimensiones de sus ambientes más externos. En el interior se ocupan espacios cercanos a la entrada, donde se realizan actividades como la producción de útiles, la preparación de las pieles, el consumo de alimentos y el descanso, estructurándose el espacio en relación con los hogares y con las zonas de actividad. En función del volumen de los depósitos, de las escasas estructuras presentes y de las acumulaciones de basura (restos faunísticos y útiles) se han definido diversos tipos de yacimientos (campamentos base, acampadas de menor envergadura, altos de caza y lugares de matanza y descuartizamiento de animales, talleres...), elegidos en función de los desplazamientos por amplios territorios, como las depresiones Intrabéticas, con movimientos rotatorios que implicarían el retorno a la zona de ocupación inicial.

Los grupos debían de ser de tamaño moderado, con un máximo de unos veinte individuos. La caracterización regional de las industrias hace pensar en lazos de unión e intercambios en la población de los grupos que habitaban un área determinada. La caza era la actividad fundamental, con preferencia de animales de talla mediana, es decir, équidos (180 kg de media), que en Cueva Horá llegan al 90 % del total de la fauna capturada, lo que implica cierta especialización en función de los métodos y medios de captura. En general se localizan entre cuatro y ocho especies a lo largo del tiempo, con algunos animales más pequeños (cier-

El Musteriense se caracterizó por una industria lítica rica en raederas y puntas; se trataba la piel y se procesaban alimentos para optimizar su consumo. Hacha de piedra procedente de Casa Castril; Museo Arqueológico de Granada.

Los neandertales habitaban principalmente en cuevas y cazaban animales de tamaño mediano. Pintura rupestre de una cabra hispánica en la cueva de La Pileta, Benaolán (Málaga).



vos, corzos, cabras, conejos, tortugas) de diferentes biotopos: bosque, pradera y montaña. El fuego se utilizaba para la preparación de los alimentos y los esqueletos aparecen más fragmentados que en el Paleolítico Inferior, con marcas en los huesos que permiten deducir cómo se descuartizaban y consumían las piezas.



La situación en la que se han localizado diversos cráneos de neandertales, como los de Gibraltar y de Granada, podrían sugerir enterramientos intencionados. Fragmento de cráneo infantil localizado en la cueva de La Carigüela, Piñar (Granada).

Por lo que respecta a las prácticas funerarias, si bien son corrientes los enterramientos en fosa en diversos países de Europa occidental, en Andalucía ni siquiera se han descubierto esqueletos articulados, aunque son frecuentes los restos de huesos humanos mezclados con los desechos de las comidas, lo que ha llevado a pensar en la antropofagia o el «canibalismo ritual», aunque falten pruebas al respecto. Por su parte, los cráneos de Gibraltar, bien conservados, y el frontal infantil de La Carigüela pueden sugerir la existencia de depósitos intencionados.

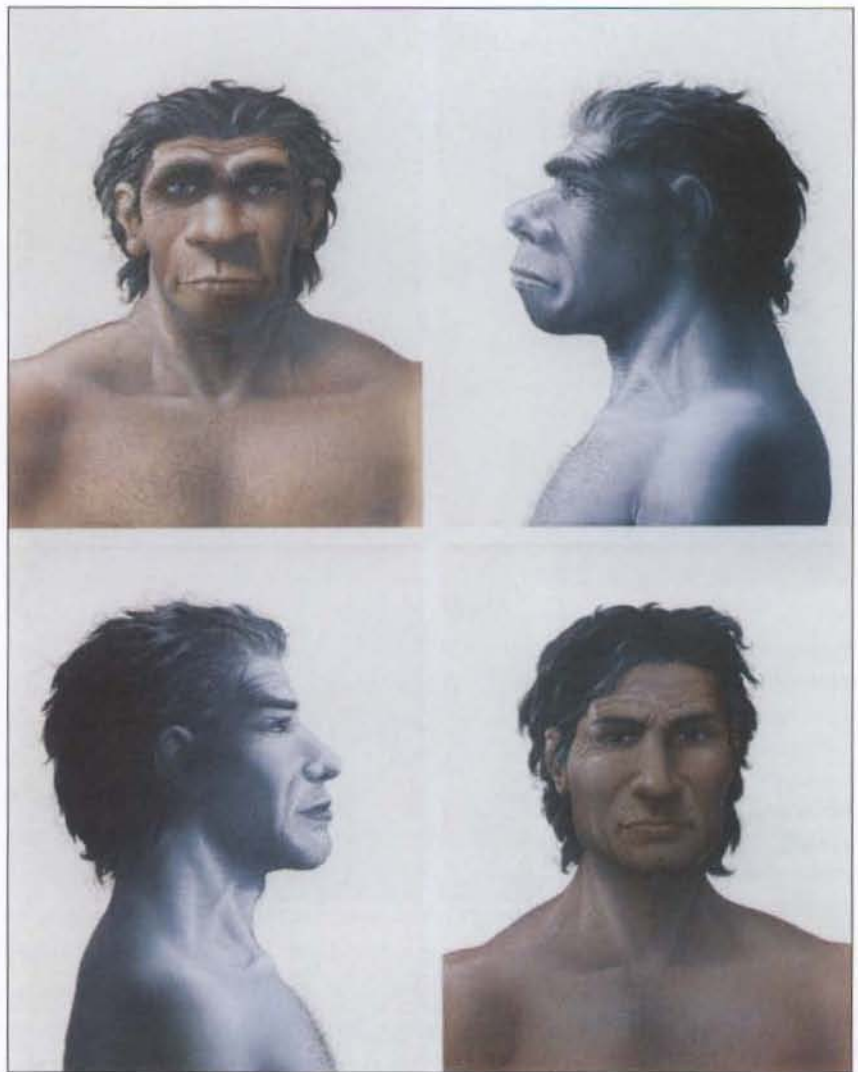
### Los cazadores especializados del Paleolítico Superior

El Paleolítico Superior está asociado al desarrollo del hombre moderno (*Homo sapiens sapiens*) que, para la mayoría de los autores, emigró desde el levante asiático, y en última instancia desde África, para sustituir, sin posibilidad de interacción física, a las poblaciones de neandertales, que se extinguieron en toda Europa con rapidez, si exceptuamos el sur de la península Ibérica, en cuyas zonas montañosas se refugiaron y pervivieron algunos gru-

pos durante más de 10.000 años (35.000 a 25.000 a.C.). En Andalucía son escasos los restos humanos de cromagnones, tipo al que pertenecen todos los restos fósiles de hombres modernos localizados hasta ahora en nuestro país. La mayoría de los fragmentos proceden de la cueva de Nerja, donde se han localizado varios enterramientos en muy mal estado de conservación.

En Europa occidental, el Paleolítico Superior ocupa la segunda mitad de la glaciación Würm (estadios III-IV) o Würm reciente. El comienzo se sitúa en Francia y en las zonas cantábrica y mediterránea en el interestadial Würm II-III, hace unos 35.000 años, aunque en Andalucía y el sureste la situación es más compleja, pues, mientras en las serranías los grupos supervivientes de neandertales no se extinguen hasta hace unos 25.000 años, los depósitos auriñacienses y gravetienses de la costa, localizados en yacimientos como El Bajoncillo, en Málaga, muestran la llegada de los primeros hombres modernos a nuestro territorio. El Gravetiense Avanzado está también documentado en otros yacimientos andaluces, como Gorham's Cave en Gibraltar.

Pero sin duda el periodo mejor conocido en el Paleolítico Superior andaluz es el Solutrense y su epígono Solutreogravetiense, paralelo al Magdaleniense. Una sorprendente calidad en la técnica del retoque produce hojas y puntas de una extraordinaria belleza, así como puntas de pedúnculo y aletas, muy parecidas a las calcolíticas, que demuestran la invención del arco durante el Solutrense. En el Solutreogravetiense desaparecen las hojas y puntas con retoque bifacial típicas del periodo anterior, y se mantienen como fósil director las puntas con muesca lateral y retoque abrupto, corrientes en yacimientos granadinos y almerienses. En la Alta Andalucía, las industrias magdalenienses, características en otras áreas peninsulares a partir de unos 16.000 años, y su tendencia a la microlitización, apenas existen. Algunos yacimientos malagueños, como la cueva de Nerja, muestran un Magdaleniense Final, con industrias empobrecidas, hasta el retroceso del clima glacial, a partir de la oscilación Allerod, hace unos 9.500 años.



Precisamente las condiciones medioambientales durante todo este periodo, que ocupó el pleniglacial y el tardiglacial (entre los años 35.000 y 10.000), debieron ser muy variadas como resultado de la sucesión de estadios e interestadios del Würm reciente. El principio del Paleolítico Superior coincidió con un ambiente húmedo, seguido de una fase fría con oscilaciones húmedas y secas, especialmente en el Würm III, a partir del cual se extendería la estepa —coincidiendo con el Solutrense hace unos 22.000 años— y, en determinadas áreas, también lo haría el pino que, acompañado de algunos árboles de hoja caduca, perviviría a partir del Würm III-IV y durante todo el Magdaleniense hasta la transición al Epipaleolítico y al Holoceno. De todo ello se puede deducir que el frío no fue nunca extremo en nuestra región, sobre todo si lo comparamos con la zona cantábrica.

Los primeros *Homo sapiens* (cromagnones) que llegaron a Andalucía, hace más de 25.000 años, se asentaron en la costa y coexistieron durante más de 10.000 años con grupos de neandertales refugiados en zonas montañosas. Reconstrucción de un hombre de Neandertal (arriba) y de un Cromagnon (abajo).



Durante el Paleolítico Superior fueron habituales los campamentos base, que se establecían en cuevas, y los campamentos secundarios, relacionados con la práctica de la caza. Pintura rupestre zoomorfa del Paleolítico Superior localizada en la cueva de La Pileta, Benaolán (Málaga).

En Andalucía existen pocos proyectos de investigación dedicados al Paleolítico Superior, aunque destacan las excavaciones de la cueva de Ambrosio (Vélez Blanco, Almería) y Nerja (Málaga), además de numerosas excavaciones de urgencia que se han centrado especialmente en los periodos Solutrense y Solutreogravetiense. Durante este periodo, la superficie habitada en las cuevas supera a menudo los 100 m<sup>2</sup>. La mayoría de los yacimientos excavados en Andalucía, como las cuevas de Nerja o Ambrosio, pueden considerarse

campamentos base. Los campamentos secundarios, que debieron ser más numerosos de lo que conocemos, estarían relacionados con la caza especializada de algunos animales o con la búsqueda de materias primas y otros productos, y llegarían incluso a áreas de alta montaña. La captura de équidos y bóvidos dará lugar a la caza especializada de ciervos y cabras que, a partir del Solutrense, proporcionarán la base proteínica en la alimentación de la población.

Al mismo tiempo, cambian las formas de preparar los alimentos, y los desechos serán diferentes, con huesos mucho más triturados, esquirlas quemadas, etc. El adorno personal y el simbolismo, que puede incluir no sólo las representaciones parietales y muebles sino también aspectos como la música, parece que se desarrollan con la consolidación de sistemas de cohesión social entre grupos que se unen en determinadas ocasiones para establecer vínculos matrimoniales y para actividades ceremoniales y simbólicas.

Se documentan, en relación con lo anterior, sistemas flexibles de comunidad, basados en la concentración/dispersión de pequeñas unidades que en sus movimientos, posiblemente estacionales, abarcan recursos más dispersos y especializados. En determinadas cir-

El hombre de hace 22.000 años conseguía su aporte proteínico a partir de la caza especializada de caballos, ovejas, ciervos y cabras. Representación de la parte delantera de un caballo en una pintura de la cueva de La Pileta, Benaolán (Málaga).



cunstances se producirían fenómenos de agregación que han sido vinculados a los «santuarios» rupestres, donde se concentran las manifestaciones «artísticas», de singular importancia en nuestra región desde comienzos del Paleolítico Superior. Las cuevas de Nerja, La Pileta y Ardales, en la provincia malagueña, y Malalmuerzo en la granadina, podrían ser consideradas lugares de agregación en el sentido referido, sobre todo las primeras. Aunque la mayoría de estos yacimientos se sitúa en la provincia de Málaga, todo el sistema Bético posee estas manifestaciones, así como grabados al aire libre en Almería recientemente constatados. Predominan las representaciones de équidos, pero en La Pileta se han localizado también representaciones de peces.

#### Los últimos cazadores-recolectores

A partir del año 9000 a.C., los importantes cambios asociados al inicio del Holoceno —regresión de los glaciares, subida del nivel del mar, clima más cálido—, que provocaron la aparición de ecosistemas dominados por el bosque, perpetuados hasta momentos bien recientes, obligaron a variar las estrategias económicas de las poblaciones humanas del Occidente europeo, cuyos complejos industriales se integran bajo la denominación de Epipaleolítico. En la península Ibérica se mantendría mayoritariamente un régimen de vida basado en la caza y en la recolección, con diversificación de las especies consumidas. El utillaje muestra importantes modificaciones, al reducirse la variedad de objetos de hueso y el tamaño de los elementos líticos (microlitos). Estos cambios coincidieron con transformaciones sociales que se reflejan también en la esfera ideológica, al desaparecer el arte figurativo rupestre que caracterizó el mundo de los cazadores del Paleolítico Superior.

En realidad, son todavía muy escasos los datos sobre estas últimas poblaciones de cazadores-recolectores en Andalucía. Como en toda la fachada del Mediterráneo español, su utillaje ha sido adscrito a dos grandes conjuntos: el epipaleolítico microlaminar y el geométrico, que podrían sucederse en el tiempo.



En la cueva de Nerja y en la cueva de Ambrosio se documentan contextos con la misma evolución que el microlaminar ofrece en sus yacimientos paradigmáticos de Cataluña y Valencia (facies de Sant Gregori y Mallaetes), con sus características puntas y laminitas de dorso rebajado. En algunos de estos yacimientos andaluces cercanos a la costa se documenta una especialización en la recolección de moluscos y en la pesca, recurso añadido a la caza de herbívoros y a la recolección de productos vegetales, entre los que los piñones, procedentes del *pinus pinea*, tienen una alta presencia en la cueva de Nerja.

De las dos facies del geométrico (Filador y Cocina) sólo es frecuente en el territorio andaluz la segunda, caracterizada por los microlitos de forma trapezoidal, coetáneos a la aparición y desarrollo de las primeras comunidades neolíticas. En efecto, tanto en las serranías Prebéticas (cueva del Nacimiento y Valdecuevas, en la sierra de Segura), como en el río Palmones, cerca de Algeciras, aparecen ya restos cerámicos que denuncian la continuidad de los grupos de cazadores-re-

Durante el Epipaleolítico, a partir del año 9000 a.C., se produjeron ciertas transformaciones: progresiva desaparición del arte rupestre (característica del Paleolítico Superior), perfeccionamiento y especialización de la industria lítica y economía basada en la caza y la recolección. Representación estilizada del Epipaleolítico de un guerrero con arco y flechas, abrigo de la Vieja, Alpera (Albacete).



El Neolítico, iniciado en la Península desde hace 6.000 años, presentó diversas particularidades: cerámica, plantas cultivadas, animales domésticos y piedra pulida. Cerámica neolítica de la cueva del Tesoro, Torremolinos. Se conserva en el Museo Arqueológico de Madrid.

colectores con el periodo Neolítico posterior.

En este sentido, los primeros momentos neolíticos de muchos yacimientos andaluces presentan a menudo elementos geométricos (por ejemplo, la cueva de los Mármoles en Priego), aunque en la industria lítica dominan las láminas y, en muchas cuevas, a niveles con geométricos y sin cerámica se superponen en ocasiones otros con cerámica, atribuibles ya a momentos más avanzados del Neolítico, por lo que se ha sugerido que los niveles con geométricos citados podrían situarse en el Neolítico Antiguo y que la ausencia de cerámica se debe a la escasa entidad de los sondeos o al particular equipamiento de estas poblaciones para sus actividades estacionales.

### 1.1.2. El Neolítico: continuidad y cambios en las comunidades andaluzas

#### La aparición del Neolítico en la península Ibérica

Desde 6000 a.C. existen en las regiones costeras del Mediterráneo español numerosos asentamientos propios de comunidades que poseen una cultura material netamente diferenciada de la propia de los cazadores-recolectores del Epipaleolítico. Vasijas de cerámica, útiles de piedra pulida –hachas, azuelas, molinos–, plantas cultivadas –cereales y leguminosas–, animales domésticos –ovejas, cabras y bóvidos– y aldeas sedentarias son los elementos principales que definen la neolitización.



Para investigadores como B. Martí, el contraste entre la cultura material de los últimos cazadores-recolectores y la de las primeras sociedades neolíticas es tan evidente que hay que pensar en una introducción exógena del Neolítico en nuestro país, ya que, primero, las áreas que ofrecen procesos de neolitización más antiguos se sitúan siempre en el Próximo Oriente y en el Mediterráneo oriental, segundo, determinados elementos como plantas y animales domesticados no tienen ancestros silvestres en nuestro país, y tercero, las poblaciones cazadoras-recolectoras de la península Ibérica mantienen una evolución claramente diferenciada de las comunidades neolíticas y sólo con el tiempo se producirá un lento proceso de aculturación de las primeras.

Entre los que creen en la difusión como principal mecanismo para explicar el cambio cultural que supone la introducción del Neolítico, se dan planteamientos más o menos radicales, normalmente sobre la base del modelo del «frente de avance» o «démico», definido por Ammerman y Cavalli-Sforza, que combina el crecimiento demográfico y la capacidad migratoria local para producir un proceso de difusión en forma de una onda demográfica radial, y en constante expansión, desde los focos originales del Próximo Oriente y del Mediterráneo oriental hasta los extremos occidental y septentrional de Europa. Una variante de esta teoría es el denominado «modelo dual o de

los dos mundos», defendido por B. Martí, J. Bernabeu y J. Fortea para explicar la introducción del Neolítico en la península Ibérica y especialmente en su zona oriental y meridional. Se plantea que a las franjas costeras de estas áreas llegaron verdaderos colonos, con todo el repertorio neolítico, que encontraron poblaciones epipaleolíticas frente a las que establecie-

Según la historiografía actual, las culturas epipaleolíticas sólo adoptaron la agricultura como medio de subsistencia en situaciones complejas y de dificultad. Cerámica procedente de la cueva de los Murciélagos fechada hacia el VI milenio a.C. Museo Arqueológico de Córdoba.



ron una verdadera frontera que fue cambiando a medida que éstas adoptaban las estrategias agropecuarias y sus elementos asociados, como la cerámica cardial, a menudo a diferente ritmo. El modelo no está exento de problemas, al no integrar todos los yacimientos en un único sistema que pueda implicar desplazamientos periódicos de parte de la población, transportando únicamente los elementos necesarios para las actividades que hay que desarrollar en cada zona, lo que podría explicar las diferencias en el repertorio mueble. En este sentido, T. X. Schuhmacher y G. C. Weniger han sugerido que, tanto entre los que todavía no han adoptado las estrategias como entre los plenamente neolíticos, encontraríamos campamentos base y lugares de ocupación estacional con una cultura material mueble parcialmente diferente, existiendo así un mosaico complejo incluso en el interior de cada uno de los mundos durante todo el VI milenio a.C.

Otros especialistas suponen que los principales elementos que definen la neolitización (domesticación, cerámica, piedra pulida, sedentarización, etc.) procedían del exterior pero fueron aceptados de forma distinta por las poblaciones locales, hecho que le dio un carácter específico según cada área peninsular. Así, aunque se mantenga como base de la explicación el mecanismo de la difusión, las poblaciones indígenas desarrollarían una serie de innovaciones que marcarían el proceso con variantes. Los indigenistas suponen que el origen de la subsistencia neolítica tuvo lugar a través de los mecanismos de intercambio y/o de las redes sociales existentes entre los grupos mesolíticos del continente europeo, sin necesidad de recurrir a movimientos de población u otorgándoles un papel mínimo. En realidad, habría que pensar que determinadas poblaciones epipaleolíticas no verían ninguna ventaja en la adopción de la agricultura, teniendo en cuenta el bajo nivel de trabajo de las poblaciones cazadoras-recolectoras, según M. Sahlins. El ritmo de aculturación en la fachada mediterránea sería por tanto heterogéneo, aceptándose la agricultura sólo cuando respondía a una necesidad social.



Representación de la recolección de la miel en una pintura rupestre en la cueva de la Araña, Bicorn (Valencia).

En este contexto, J. M. Vicent plantea que las comunidades del Epipaleolítico, gracias a sus redes de alianza e intercambio con los grupos próximos, introdujeron en sus sistemas productivos «de amplio espectro» los animales domésticos y las plantas cultivadas, especialmente cereales, susceptibles de ser almacenados durante largo tiempo, en un intento de aumentar la estabilidad y evitar riesgos en un medio poco predecible, pero sin cambios importantes en su forma de ocupación del territorio o sus patrones de movilidad. De este modo, las innovaciones que caracterizan la producción de alimentos se introdujeron para conservar un modo de vida tradicional, en sus patrones de asentamiento y de organización social, y no para cambiarlo.

Sin embargo, la incorporación de las estrategias de producción originó a largo plazo contradicciones como la reducción del radio de movilidad de los grupos y la apuesta cada



Los asentamientos del Neolítico respondían a la llamada cultura de las cuevas. Cerámica neolítica, procedente de la Cueva de la Carigüela, Piñar, Granada.

vez más decidida por invertir en los recursos que tenían resultados más previsibles. El principal efecto de este proceso no fue la progresiva sedentarización de los grupos humanos, que pudo haberse dado ya en las poblaciones cazadoras-recolectoras, sino la creación y el desarrollo de excedentes de alimentos, como forma de limitar el riesgo, constituyendo reservas permanentes, renovadas año tras año. Esto originó, a su vez, otro problema: la necesidad de crear mecanismos sociales que garantizaran el acceso del grupo a estos excedentes y frenasen la posibilidad de apropiación diferenciada por los distintos segmentos del grupo. Esta tendencia al conflicto afectaría también al ámbito de las relaciones intercomunitarias, al producirse un progresivo interés por demarcar el territorio propio, aspecto que debía estar presente, en nuestra opinión, en determinadas comunidades cazadoras-recolectoras, y así, la condición de acceso a la tierra, y a otros derechos, sería la pertenencia al grupo.

En definitiva, las transformaciones en los modos de vida de los grupos humanos, entre el final del Paleolítico Superior y el comienzo de la Edad de los Metales, no se limitan a cambios tecno-tipológicos ni a aspectos con-

cretos de la subsistencia, sino que implican la aparición de nuevas formas de organización de la comunidad, sobre todo una jerarquización social que se agudiza al facilitarse el control de la fuerza de trabajo y al aumentar los elementos susceptibles de ser acumulados, con lo que se asiste al desarrollo de nuevas formas de justificación social. El proceso de transformación es, sin embargo, largo, y aunque ya desde el VI milenio a.C. se dan todos los elementos tecnoeconómicos que caracterizan el Neolítico, habrá que esperar hasta el IV milenio a.C. para que estas manifestaciones determinen cambios radicales en la cultura material mueble, en el patrón de asentamiento y en el ritual, en función de la referida jerarquización.

#### Las primeras comunidades neolíticas de Andalucía

Tradicionalmente se han señalado dos horizontes culturales en el Neolítico andaluz, correspondientes a las fases antigua y media y a la fase reciente de este periodo: se trata de la llamada cultura de las Cuevas, que se extendería por todo nuestro territorio, con mayor incidencia en las zonas de serranías, y la cultura de Almería o el Complejo de los Silos, que ocuparían respectivamente las regiones del sureste y las áreas centrales y occidentales de Andalucía.

Ya desde el siglo XIX se dieron a conocer importantes yacimientos neolíticos granadinos como la cueva de la Mujer de Alhama y la de los Murciélagos de Albuñol, esta última con un magnífico conjunto de objetos de madera y esparto trenzado, excepcionalmente bien conservado. Al mismo tiempo, las investigaciones del ingeniero belga Luis Siret en el sureste y las del inglés G. Bonsor en Carmona aportaron datos firmes sobre la existencia de formas de cultura material diferentes para los últimos tiempos del Neolítico en Andalucía. Sin embargo, han sido las excavaciones en la segunda mitad del siglo pasado de yacimientos excepcionales, como la cueva de La Carigüela (Piñar), la cueva de los Murciélagos (Zuheros) y el asentamiento al aire li-



bre de Los Castillejos (Montefrío), las que han aportado un cúmulo de datos suficiente para plantear un modelo fiable sobre la evolución del Neolítico en nuestras tierras.

La propuesta de periodización más generalizada propone tres grandes periodos en el Neolítico andaluz. El más antiguo se caracteriza por el uso de la cerámica con decoración cardial (aplicación del borde de la concha del berberecho —*cardium edule*— sobre la superficie de las vasijas antes de su cocción). La técnica se generaliza sorprendentemente

entre todas las poblaciones del Mediterráneo occidental durante esta época, y puede considerarse como expresión de identidad de las comunidades más o menos integradas en los mecanismos de la neolitización frente a los tradicionales grupos de cazadores-recolectores. Durante el Neolítico Medio, las nuevas tecnologías se acompañan de una explosión demográfica visible en la gran cantidad de yacimientos arqueológicos que ocupan todo el territorio anda-



luz, cuya distribución territorial vuelve a demostrar la gran movilidad de los grupos humanos. Esta segunda fase viene caracterizada por una gran variedad de técnicas y estilos decorativos en cerámicas que sustituyen a la cardial, fragmentándose el territorio andaluz en unidades regionales y comarcales con repertorios cerámicos propios, que pudieron actuar como códigos étnicos de cohesión social. Finalmente, durante la tercera etapa (Neolítico Reciente) se consuma el proceso de territorialización y fijación

de los asentamientos, debido a importantes cambios en las prácticas socioeconómicas.

Este modelo tripartito es ampliamente aceptado, pese a que algunos investigadores propongan diversas variantes al desarrollo del Neolítico en nuestra región. Prácticamente nadie defiende hoy la presencia de animales domésticos en niveles precerámicos, como se había sugerido con relación a la cueva de Nerja; por el contrario, ha recibido nuevo impulso en los últimos años la teoría que propone un Neolítico Antiguo en la Baja Andalucía y en

Las culturas más extendidas del Neolítico andaluz son la de las Cuevas y la de Almería o la del Complejo de Silos. Objetos de esparto trenzado localizados en la cueva de los Murciélagos y conservados en el Museo Arqueológico Nacional, Madrid.

La cueva de la Mujer y la de los Murciélagos son dos de los yacimientos neolíticos andaluces más ricos en cultura material. Capazo de esparto procedente de la cueva de los Murciélagos. Museo Arqueológico Nacional, Madrid.



Las sociedades neolíticas del V milenio a.C. cuidaron no tan sólo del aspecto funcional, sino también del estético de sus cerámicas. Vasija de Zuheros, característica de la cultura material del Neolítico andaluz. Está decorada con incisiones geométricas y pintada a la almagra. Procede de la cueva de los Murciélagos y se conserva en el Museo Arqueológico de Córdoba.

La cultura material del Neolítico Antiguo estuvo caracterizada por vasos de perfil globular, dotados de asas para colgarlos y decorados con bandas incisas. Vaso neolítico procedente de la cueva de La Carigüela, Piñar (Granada). Museo Arqueológico de Granada.

las serranías cordobesas con cerámicas a la almagra e impresiones no cardiales, basándose en dataciones de C-14 (carbono 14), entre mediados del VIII y del VI milenio a.C., discutibles por su alta oscilación, como las de la cueva de la Dehesilla (Algar, Jerez de la Frontera), cueva Chica de Santiago (Cazalla de la Sierra) y cueva de Nerja (Nerja), y las últimas fechas obtenidas en la cueva de los Murciélagos (Zuheros). No obstante, los frecuentes hallazgos de cerámica cardial en Andalucía occidental procedentes de campamentos al aire libre, como El Cabezo (Lebrija), Bustos (Trebujena), Cabezo de Hortales (Prado del Rey), Esperilla (Espera), Los Álamos (Fuentes de Andalucía) o El Retamar (Puerto Real), donde también se han localizado enterramientos en el área de habitación en contextos del VI milenio a.C., así como los localizados en las prospecciones intensivas realizadas en los alrededores de Ronda y en el Subbético cordobés, obligan a considerar la existencia de un horizonte antiguo con cerámica cardial generalizado en todo el territorio andaluz, especialmente si atendemos a las fechas obtenidas para éste en el levante o en La Carigüela. Como se ha indicado, precisamente para la cueva de La Carigüela, la escasez de cardial en determinadas zonas del yacimiento puede ponerse en relación con las actividades funcionales realizadas en las distintas áreas del mismo, ya que las propias características técnicas de la cerámica cardial la capacitan sólo para

funciones específicas de almacenaje y no para su exposición al fuego.

De esta forma, el Neolítico Antiguo se puede situar entre 6000 y 5000 a.C. En la cultura material mueble abunda, como hemos dicho, la cerámica impresa cardial, cuyas mayores concentraciones se han localizado en las cuevas granadinas de La Carigüela (Piñar) y Las Majolicas (Alfácar). Los vasos presentan perfil globular, a veces con cuello marcado, abundantes asas para colgarlos y motivos en bandas horizontales y verticales, rellenas de líneas oblicuas o en espiga, y flanqueadas a veces por triángulos alineados. Excepcionalmente, en la cueva de Malalmuerzo (Moclín), se han localizado impresiones con el natis de la concha similares a las que son corrientes en el cardial levantino. Junto a cerámicas con esta decoración están bien representadas, especialmente en momentos avanzados de este periodo, las cerámicas incisas, las impresas no cardiales y las decoradas con puntillados y con cordones en relieve. Algunos objetos de adorno en concha y hueso, punzones de hueso y hachas y azuelas de piedra pulida completan el repertorio material de este momento. Por otra parte, los restos de fauna de los escasos yacimientos excavados apuntan a la importancia de la ganadería. Dominan los ovicápridos, y dentro de éstos la oveja, destacando frente a los datos obtenidos en los yacimientos levantinos y catalanes una mayor proporción de animales salvajes.

La convivencia de las últimas cardiales con otras cerámicas decoradas impresas a peine en el periodo I de Los Castillejos, en Las Peñas de los Gitanos (Montefrío), ha revitalizado la distinción de una fase de transición hacia el Neolítico Medio similar a la epicardial de otras regiones mediterráneas, presente en yacimientos al aire libre como la Molaina





Los brazaletes realizados en caliza o mármol y decorados con estrías y la cerámica a la almagra con asas-pitorro son dos de los elementos característicos del Neolítico Medio. Brazaletes de mármol decorados con líneas incisas paralelas procedentes de la cueva de los Murciélagos. Se conservan en el Museo Arqueológico y Etnológico de Córdoba.

(Pinos Puente), Los Horneros (Baeza) o Cabecicos Negros (cuevas del Almanzora). Las dataciones más antiguas de la cueva de los Murciélagos de Zuheros sitúan estos momentos de transición hacia el Neolítico Medio en la segunda mitad del VI milenio a.C. Mucho más problemáticas son las dataciones de la considerada fase I del cerro de la Virtud (cuevas del Almanzora), situadas desde mediados del VI milenio (5440-4690 a.C.), sobre todo si tenemos en cuenta que anteriormente se había referido actividad metalúrgica para esta fase, algo improbable incluso en el enterramiento «colectivo» atribuido a momentos más avanzados (5210-4350 a.C.). Ahora aparecen por primera vez varios elementos que serán característicos del Neolítico Medio, como los brazaletes de mármol y caliza decorados con estrías paralelas, la cerámica a la almagra y las asas-pitorro. Tal vez a este momento se podría asignar el taller de brazaletes de Piedras Viñaeras (Zuheros).

En Los Castillejos de Montefrío se inicia la ocupación de una pequeña terraza al aire libre junto a varias cavidades también habitadas. En la zona excavada se han localizado bancos, hogares y silos en una zona de producción comunal relacionada con el torrefactado de cereales y el procesado del sílex. Los análisis faunísticos revelan la importancia de

los animales domésticos, destacando los bóvidos, sacrificados a edad adulta, cuyo porcentaje comienza a ser significativo aunque siempre inferior al de los ovicápridos. Los cerdos, además, alcanzan su máxima representación en este periodo, sacrificados con cualquier edad, aunque especialmente adultos y subadultos. Los yacimientos en cueva, sin embargo, presentan una mayor proporción de animales salvajes, por ejemplo en la cueva de los Murciélagos de Sueros, donde se documentan varios hogares superpuestos y depósitos con menor variedad de especies vegetales cultivadas o recolectadas respecto a los periodos posteriores (trigo desnudo, cebada vestida, aceituna silvestre y adormidera).

Otras regiones andaluzas como el Andévalo onubense muestran una gran densidad de yacimientos de los milenios VI y V a.C., con un variado patrón de asentamiento, y siempre con una fuerte relación entre el interior y la costa, incluido el estuario del Guadalquivir, que llegaba a las inmediaciones de la actual Sevilla. En el otro extremo de Andalucía, las tierras de Almería muestran un poblamiento más limitado, con grupos de fuerte movilidad que utilizaban pequeños asentamientos estacionales, como Cabecicos Negros.

En cuanto al ritual funerario, no tenemos información sobre enterramientos en el inte-



Desde principios del V milenio a.C., la decoración cerámica adquiere mayor variedad; se abandonan las impresiones cardiales, que se sustituyen por digitaciones, unguilaciones e impresiones de peine y punzón. Peine de madera procedente de la cueva de los Murciélagos conservado en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid.

rior del hábitat, si bien en la cueva de La Carigüela hay referencias a restos óseos muy fragmentados de una veintena de individuos que no aparecen en conexión anatómica y, a menudo, ofrecen estrías de descarnamiento, lo que sugiere prácticas de canibalismo.

### Hacia la plena neolitización del territorio andaluz

Durante la primera mitad del V milenio a.C., la evolución de las comunidades neolíticas andaluzas se manifiesta más en la cultura material mueble que en los patrones de asentamiento o en sus hábitos económicos. El abandono de la técnica de impresiones cardiales se acompaña de un progresivo aumento de vasijas con una alta variedad y calidad en sus motivos decorativos, realizados con baños a la almagra, impresiones de peine, incisiones, digitaciones y unguilaciones, impresiones de punzón y cordones aplicados. Las formas cerámicas siguen siendo globulares y ovoides, con numerosas asas para facilitar el transporte. Abundan las hachas y azuelas, señal de una importante actividad deforestadora, y aumentan ostensiblemente los elementos ornamentales y simbólicos, con numerosos brazaletes de piedra, anillos, cuentas de collar y colgantes de hueso, concha y piedra. La industria lítica tallada mantiene las características del periodo anterior, con perforadores usados en la

reparación de la cerámica y hojas utilizadas como cuchillos o dientes de hoz, obtenidas por tratamiento térmico de los núcleos, como demuestran los restos de Los Castillejos. En la cueva del Toro se ha determinado que las hojas obtenidas de esa forma se utilizan para cortar materia blanda animal, mientras aquellas que no necesitan tratamiento térmico son usadas para la piel seca, corte de vegetales, etc.

Por otro lado, las cuevas utilizadas como campamentos se reparten por todo el territorio andaluz, con mayor concentración en las regiones montañosas del Subbético y en las serranías costeras. La proliferación de asentamientos en determinadas zonas se explicaría por ser áreas de destino de los desplazamientos estacionales. Se pueden diferenciar diversos grupos territoriales en los que aparecen técnicas o diseños decorativos recurrentes en la cerámica. Los grupos más conocidos son los del noroeste de Almería (cuevas de Ambrosio y del Castillico), sierra de Harana (cuevas de La Carigüela, del Agua de Prado Negro y Las Majolicas), Montes Occidentales granadinos (cuevas de Malalmuerzo y de Las Peñas de los Gitanos), sierras de Alhama y Loja (cuevas de la Mujer, del Agua y Sima Rica), Subbético cordobés (cuevas de los Murciélagos de Zuheros, Negra y La Murcielaguina), depresión de Antequera (cueva del Toro), litoral malagueño (cuevas de Hoyo de la Mina, Tesoro, Higuierón, Los Botijos), serranía de Ronda (cuevas de La Pileta y del Gato) y Subbético gaditano (cuevas de El Picao y de Gibraltar).

La presencia de algunos yacimientos al aire libre, como Guta (Castro del Río), Los Castillejos u Hornos de Segura, con amplia perduración en sus ocupaciones, indica que los procesos de sedentarización podrían remontarse a estas fases, con la frecuentación de áreas de amplia variedad de recursos y además cercanas a zonas montañosas susceptibles de proporcionar pastos alternativos para los animales domésticos, cuya movilidad favorece una rápida integración en las estrategias típicas de estas comunidades. En estos momentos también se constata la presencia de algunos asentamientos permanentes en el bajo Guadalquivir y en el suroeste, tanto en la costa co-

mo en el interior, tratándose al mismo tiempo de concheros y de hábitats agropecuarios y; aunque no existen ni yacimientos especializados ni jerarquización territorial, se han referido diversos modelos de asentamiento. En esta misma línea, se dan ahora las primeras delimitaciones territoriales a partir de estructuras rituales como los abrigos con pintura rupestre y los menhires, que han llegado a ser datados en el sur de Portugal entre el VIII y el VI milenio.

En cuanto a las especies explotadas en este periodo, se produce un generalizado aumento de los animales domésticos, especialmente de los ovicápridos, como en La Carigüela, y, dentro de ellos, de la cabra, aunque en la cueva del Toro, entre los ovicápridos —que suponen el 70 % de los restos— domina la oveja. En Los Castillejos es evidente el equilibrio entre ovicápridos y bóvidos, mientras los suidos tienden a aumentar su importancia, hasta formar con las especies anteriores una tríada básica para la alimentación. Debieron de existir, sin embargo, fuertes diferencias entre los distintos grupos neolíticos andaluces, dada la amplia presencia de fauna salvaje en yacimientos como la cueva del Nacimiento, o en las fases iniciales de la cueva de la Dehesilla, frente a la escasez de la cueva del Toro.

Por su parte, la agricultura ofrece una mayor diversidad en las especies cultivadas y recolectadas. En el Subbético cordobés, la cueva de los Murciélagos ha proporcionado



depósitos con trigo desnudo, cebada desnuda, escanda menor y cebada vestida, junto con plantas recolectadas, como las bellotas y alcaparras, y en la cueva de los Mármoles se han localizado restos de trigo vestido y desnudo y de cebada vestida. En otro yacimiento con excavaciones recientes, la cueva del Toro, encontramos cereales como el trigo desnudo, cebada desnuda y vestida y en menor proporción la escanda; entre las leguminosas hay habas, que son mayoría, lentejas, guijas y yeros. Finalmente, entre los frutos recolectados y las plantas silvestres se reconocen bellotas, acebuchinas, mirto, frambueso, retamas, lentiscos y cisto. Sin embargo, la mayoría

En las zonas montañosas de Andalucía, durante el periodo de plena neolitización, abundaron los asentamientos en cuevas, aunque se intulan los primeros poblados permanentes al aire libre. Interior de la cueva del Higuerrón, Málaga.



Cromlech de los Almendres, en Portugal. Está fechado entre el VIII y el VI milenio a.C.



Vasija de almacenamiento encontrada en la cueva de los Murciélagos y conservada en el Museo Arqueológico de Córdoba.

de las hojitas de sílex localizadas en este yacimiento están más relacionadas con las labores de carnicería y con el tratado de fibras, como el esparto, que con la siega de cereal, habiéndose señalado también que las áreas de combustión estarían en relación con el ahumado de productos cárnicos, si bien en Los Castillejos se documenta de nuevo el torrefactado del cereal y en la cueva de los Murciélagos de Zuheros conocemos estructuras de almacenamiento en silos y vasijas. Por último, en algunas zonas como la bahía de Cádiz o de Huelva el marisqueo pudo tener una importancia similar a la que tuvo entre los cazadores del Paleolítico Superior y el Epipaleolítico.

#### El ritual desde el Neolítico. La diversificación de estilos en la pintura rupestre

Uno de los primeros problemas con que se ha enfrentado el estudio del arte esquemático es el de su cronología y su relación con el arte levantino y el macroesquemático. Según J. Martínez, las superposiciones conocidas son muy variadas; hay casos en los que el arte le-

vantino se superpone al macroesquemático, otros en que el arte levantino se superpone al esquemático, y casos en los que el arte esquemático se superpone al levantino. Por ello se ha planteado la posible convivencia de las manifestaciones de arte levantino y esquemático, suponiendo la vinculación del arte levantino a comunidades que desarrollaban aún una economía cazadora-recolectora en los momentos iniciales del Neolítico, y la relación del arte esquemático con poblaciones campesinas plenamente neolíticas. Sin embargo, a esta hipótesis se opone el hecho de que una misma comunidad pudo desarrollar actividades productivas diversas (caza, recolección y agricultura) en las diferentes zonas de su territorio y soslaya la convivencia de las representaciones en los mismos abrigos y de los paralelos cerámicos esgrimidos para cada estilo artístico. En cualquier caso, llama la atención la variabilidad de tamaño en las figuras del arte levantino que, tal vez, obligaría a una revisión de su unidad en una línea tempranamente desarrollada por A. Beltrán y E. Ripoll.

En este contexto, mientras el arte macroesquemático parece quedar restringido al área de primera implantación de las comunidades neolíticas, y especialmente a la zona entre las provincias de Alicante y Valencia, el arte denominado levantino, caracterizado por su naturalismo, estilizado especialmente en la figu-

Durante el Neolítico convivieron manifestaciones artísticas rupestres macroesquemáticas (zona comprendida entre Alicante y Valencia) y levantinas (de carácter naturalista que se desarrolló en toda la mitad oriental peninsular). Pintura rupestre de figuras esquemáticas de la Edad del Bronce. Cueva de los Órganos, Jaén.







Se han localizado diversas representaciones de arte esquemático, de la Edad del Bronce, en dólmenes del sureste peninsular. Detalle de uno de los dólmenes existentes en la localidad de Gorafe (Granada) fechado entre el Neolítico y la Edad del Cobre.

ra humana, se extiende mucho más, alcanzando toda la mitad oriental de la Península. Así contamos con ejemplos de estilo levantino no sólo en la zona oriental de Andalucía, con el grupo de Vélez Blanco y la cueva de las Grajas (Topares), sino en zonas más alejadas como Aldeaquemada e incluso la cueva de la Pretina (Casas Viejas), en conexión con el importante foco albaceteño en el que destacan las figuras de caza-guerra. La importancia de las escenas en el arte levantino se refleja incluso en los microrrelieves de los soportes. Tanto la presencia de actividades de caza-guerra como la ausencia de representaciones de mujeres embarazadas y la cancelación de sus atributos sexuales, como ha destacado T. Escoriza, sugieren una sociedad profundamente conflictiva que, de aceptarse la cronología antigua, pondría las bases para la jerarquización posterior entre el Neolítico Reciente y la Edad del Cobre.

Respecto al arte esquemático, figuras similares aparecen decorando recipientes cerámicos desde los inicios del Neolítico Medio en la cueva del Agua de Prado Negro (Iznalloz, Granada) y en la cueva de La Murcielaguina (Priego, Córdoba), por ejemplo, y se constata cierta asociación de los abrigos donde se encuentran las representaciones esquemáticas más simples —ovicápridos y algunos otros símbolos— con determinadas áreas de densa ocupación neolítica en Andalucía central y en

el levante. Más tardías son las figuras «esquemáticas» representadas en dólmenes y, sobre todo, las figuras antropomorfas que decoran las cerámicas «simbólicas» de la Edad del Cobre del sureste o los ídolos oculados datados en el Neolítico Reciente y el Calcolítico.

Frente a la escasez de manifestaciones de arte macroesquemático y levantino, Andalucía ha sido considerada una de las áreas más ricas en manifestaciones esquemáticas desde los trabajos de H. Breuil y, sobre todo, de P. Acosta. La mayor densidad de representaciones, hasta ahora, en el extremo oriental de la región puede deberse en parte a circunstancias derivadas de la investigación, como muestra el considerable aumento de casos en la Subbética cordobesa con las últimas prospecciones sistemáticas.

El conjunto de motivos incluidos bajo el nombre de arte esquemático incluye esteliformes, ramiformes (líneas que se cruzan perpendicularmente), tectiformes (posibles representaciones de viviendas), pectiformes, zoomorfos y, frecuentemente, antropomorfos (con representaciones en forma de X, de Y, etc.), a veces con los brazos alzados y con la representación del sexo masculino. Se ha señalado que la mayoría de las figuras realizadas en rojo se relacionan con abrigos poco profundos, mientras las representaciones en negro se sitúan siempre en cavidades profundas, donde además predominan los zoomorfos,



Estos signos triangulares de color rojo, que pertenecen al conjunto de pinturas rupestres esquemáticas de la cueva de los Letreros (Vélez Blanco), se han interpretado como la expresión de una estructura parental, o bien de organización piramidal.

que han sido relacionados con la caza y la recolección, como en el arte levantino. Sin embargo, la primera datación absoluta obtenida por acelerador sobre el carbón del pigmento usado en un pectiniforme de la cueva de La Pileta (Benaolán) se sitúa en el Cobre Final (2290-2040 a.C.).

Al menos en momentos avanzados se desarrolla una disposición horizontal o vertical de los motivos que J. Martínez ha relacionado con divisiones sociales en función de la edad y el sexo en el Neolítico o, ya en el Calcolítico, con el desarrollo de la jerarquización. En este sentido, el panel central de la Piedra de los Letreros (Vélez Blanco) se ha interpretado como expresión de una estructura parental, de la organización piramidal de la sociedad sobre aquella y de los recursos que controla el grupo. Por otra parte, es cierto que dicho control de los recursos, así como del territorio, guarda una estrecha relación con la distribución de los abrigos pintados situados en lugares de alta visibilidad, pero también con emplazamientos donde se da la ocultación del abrigo concreto dentro de un

Gran parte de la cerámica elaborada durante el Neolítico Tardío se caracterizó por su pobreza decorativa. Vasija neolítica conservada en el Museo Arqueológico de Córdoba.



contexto paisajístico que, sin embargo, es especialmente relevante. Se produce así una coincidencia entre la localización de estas representaciones y la de megalitos, tal y como se aprecia en la relación entre ambos fenómenos en la rambla de Gérgal (Almería).

### **Intensificación económica, sedentarización y acumulación de productos durante el Neolítico Reciente. Los inicios de la jerarquización**

Durante las fases más recientes del Neolítico se producen profundos cambios en los sistemas económicos y en los patrones de asentamiento, íntimamente ligados a la crisis del modelo de sociedad comunitaria ya reseñado a partir de la oposición territorial y los procesos de acumulación, y que continuarán con el sistema de linajes típico de la Edad del Cobre hasta culminar en las sociedades aristocráticas del Bronce Pleno y Final.

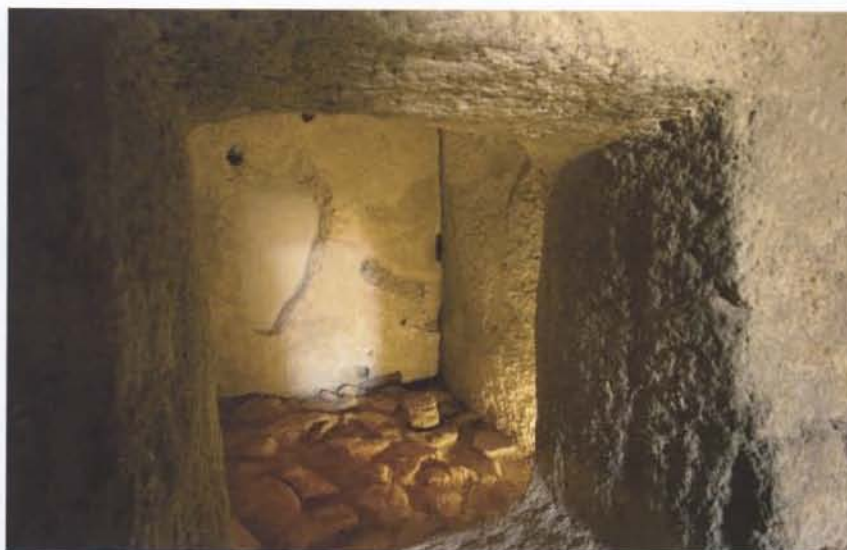
Durante el Neolítico Tardío (4200-3600 a.C.), la cultura material de las poblaciones andaluzas sigue mostrando semejanzas con la del periodo anterior, aunque aumenta la proporción de cerámicas lisas y se reducen y empobrecen las técnicas y diseños decorativos. En algunos yacimientos, especialmente en los contextos domésticos de los asentamientos al aire libre, aparecen las primeras formas abiertas, como cuencos y platos, que se impondrán en momentos posteriores, y se introducen determinados cambios técnicos

que supondrán una mayor resistencia al fuego. En la industria lítica se constata la producción laminar por percusión indirecta y se inicia la talla por presión de puntas de flecha. Sin embargo, los cambios fundamentales se producen en la organización del hábitat, con la fijación definitiva de los grupos en campa-

mentos al aire libre, convertidos en las primeras aldeas verdaderamente sedentarias. Los yacimientos del polideportivo de Martos y Los Castillejos de Montefrío pueden considerarse un buen ejemplo.

En otros muchos casos, empero, resulta difícil situar el momento en que los asentamientos se hacen realmente permanentes y los desplazamientos implican sólo a determinadas personas y en relación con recursos muy concretos (pastos de verano para la ganadería, aprovisionamiento de sílex, etc.). De esta forma la concentración de yacimientos en el estuario del Guadalquivir desde el milenio VI a.C. por parte de cazadores y recolectores de moluscos, con cerámica cardial y animales domésticos, como en El Retamar (Puerto Real) o La Esparragosa (Chiclana de la Frontera), es difícil de deslindar de las fases posteriores de los mismos yacimientos que cubren los milenios V y IV a.C. En las campiñas medias del Guadalquivir, los alrededores de Castro del Río presentan varios yacimientos, como Guta, San Joaquín y La Polonia, que inician su ocupación en el Neolítico Tardío, destacando la continuidad en la misma de todos ellos hasta el Calcolítico y la Edad del Bronce. En realidad se demuestran aquí dos procesos generalizables a todo el Guadalquivir: la utilización estacional de las campiñas en los momentos antiguos y medios del Neolítico y su relación con la ocupación de las sierras Subbéticas, y, en segundo lugar, la continuidad en la ocupación de determinados asentamientos que, en muchos casos, adquirirán después el carácter de lugares centrales. La identificación entre agricultura y sedentarización y el rechazo del carácter agrícola de estas comunidades ha conducido a hipótesis sobre la movilidad ganadera y a considerar los núcleos más grandes como simples centros de agregación coyuntural. En este contexto, los megalitos y otras manifestaciones funerarias, como los enterramientos en grutas o en cuevas artificiales, han sido considerados como el único referente fijo de estas poblaciones.

La adscripción a la comunidad de las tierras explotadas y la delimitación y control del



territorio de forma sacralizada hallan ahora mejores ejemplos, y a las pinturas rupestres se añaden los primeros monumentos dolménicos, que parecen surgir de forma independiente en varias áreas de Andalucía, como las serranías de Huelva en el suroeste y las tierras bajas de Almería en el sureste.

Existen, pues, estructuras funerarias proto-megalíticas que podrían corresponder a esta época y que se sitúan en suaves pendientes, carecen de túmulo y presentan ortostatos pequeños, como en Los Cristos, en la provincia de Huelva. Más tarde, a finales del Neolítico, los dólmenes ocuparán zonas altas, precedentemente ocupadas por asentamientos, para delimitar la propiedad de las tierras de pastos. Sin embargo, sí se han adjudicado a estos momentos las dataciones del dolmen de Alberite (Villamartín) [4100-3800 a.C.], aunque haya que ser prudentes puesto que dicho dolmen se sitúa en una zona anteriormente ocupada por un campamento estacional, del que procederían muchos materiales. También son problemáticas las dataciones del enterramiento, supuestamente colectivo, del cerro de la Virtud (cuevas del Almanzora), que más bien puede corresponder a una aglomeración de fosas funerarias. En el mismo sureste, donde se sitúa uno de los focos prístinos del megalitismo peninsular, se ha planteado una secuencia que, como en otras zonas de Europa, sugiere una evolución desde los sepulcros simples de cámara rectangular —como los de la comarca almeriense de Los Vélez— o circu-

Según la historiografía actual los megalitos y los enterramientos en cuevas representarían el único punto fijo de las poblaciones del Neolítico Tardío, cuya característica esencial fue la movilidad ganadera de carácter estacional. Detalle del interior del dolmen de Viera, Málaga.



Ídolos que formaban parte del ajuar funerario del dolmen de Alberite, Villamartín, fechado en el Neolítico Tardío.

lar —los *Rundgräber* publicados por el matrimonio alemán Leisner en las necrópolis de Purchena—, a las cámaras poligonales y, por último, a los sepulcros de corredor, en un proceso que quizá pudo iniciarse a mediados del V milenio a.C.

Aunque estos protomegalitos se consideran individuales, a veces, dado el uso continuo de las sepulturas, se da un mayor número de inhumados o materiales tardíos en sepulturas simples, como por ejemplo en La Lámpara 3 (Purchena, Almería) con cuarenta individuos, o la Loma de Mojácar (Mojácar, Almería), con ochenta. Recientes estudios de los materiales depositados en el Museo Arqueológico Nacional han reafirmado la inhumación, siempre de menos de diez individuos, en las sepulturas más antiguas, señalándose que en el curso bajo se documentan esqueletos completos mientras en el alto la preservación es menor, tal vez por diferencias de ritual con

mayor uso del cinabrio. Además, en el curso alto la variedad de tipos de sepulturas es menor y hay más evidencias del uso del fuego para limpiar. En cualquier caso, son necesarios programas de investigación sistemáticos que corroboren no sólo la cronología antigua de estos sepulcros, sino determinadas hipótesis que han sugerido una temprana diferenciación en estas sepulturas individuales, enmascarada después por el ritual de inhumación colectiva, ya que además en estos momentos neolíticos hay evidencias de inhumación de niños y mujeres, mostrando una preocupación por la fuerza de trabajo genérica y su reproducción.

Como han demostrado P. Bueno y R. Balbín, las representaciones esquemáticas se incluyen también sobre los megalitos en Andalucía desde momentos antiguos, afirmación que prueban las dataciones de Alberite (Villamartín). Las representaciones se suelen situar en la entrada o al fondo pero, en algunos casos, como en el dolmen de Soto (Trigueros), podría plantearse que los ortostatos se hayan grabado antes de su colocación, tal vez en relación con una monumentalidad anterior. Muchos de los motivos pintados en las paredes de los megalitos han debido de desaparecer, mientras que los grabados —de los que hay ejemplos incluso en Las Peñas de los Gitanos (Montefrío), con espirales y zoomorfos— se han conservado mejor.

También aquí habría que citar la importancia del ritual relacionado con los animales domésticos para justificar la ocupación de un territorio, la acumulación de riqueza pecuaria y la continuidad del hábitat. En Martos se han localizado varios enterramientos de perros y bóvidos y la exhibición de una cabeza de carnero, mientras que parece escasa la importancia del cereal, pese a la localización de estructuras subterráneas de forma acampanada interpretables como silos de almacenaje. Inhumaciones similares de bóvidos se han documentado en Almizaraque (cuevas del Almanzora) y Carmona, aunque podrían corresponder a momentos algo más recientes, y un tratamiento similar de los perros se constata en Valencina de la Concepción y en Marroquíes Altos, en la ciudad de Jaén. La dife-



Las representaciones esquemáticas también se realizaron en megalitos. Un ejemplo son los monolitos laterales que forman el dolmen de Soto, Trigueros (Huelva), que están grabados con signos esquemáticos de carácter ritual. Estos pudieron realizarse antes de su colocación o incluso podrían haber pertenecido a un monumento anterior.

renciación social, vinculada al control de la fuerza de trabajo, también interna (mujeres y niños), y a la apropiación de los medios de producción móviles, se expresa en rituales variados, no destinados por tanto únicamente a la afirmación de la propiedad del territorio y a la oposición ante los vecinos.

Paradigmático de todo ello es el trascendental cambio que se produce ahora en Los Castillejos hacia viviendas adosadas al farallón y rodeadas de silos que utilizan fosas de medianas dimensiones. La presencia de ratones caseros mediterráneos también apoya la tesis de una mayor estabilidad en el hábitat. La intensificación agrícola se deduce del uso para tracción y carga de animales de grandes dimensiones, como bóvidos y équidos, usados alternativamente, y de un aumento de la caza que se ha relacionado con la necesidad de defensa de los cultivos. La tendencia a sacrificar los bóvidos a edades adultas, entre tres y medio y cuatro años, lo que suponía el 90 % de su peso máximo posible, sugiere el aprovechamiento de su

fuerza de trabajo y de otros productos, ya que al predominar las hembras se asegura el reemplazo del rebaño así como la obtención de leche y sus derivados.



**Hacia el final del Neolítico: asentamientos permanentes y competencia territorial durante el milenio IV a.C.**

A finales del Neolítico (3600-3200 a.C.) se consolidan en las campiñas del Guadalquivir y en el sureste los grandes poblados, base de la estructuración jerárquica calcolítica posterior. También en el alto Guadalquivir los poblados tienden a controlar los accesos a tierras altas, lomas y zonas de paso, situándose en sus inmediaciones. Con el Cobre Antiguo (3200-2800 a.C.) el control se completará a través de yacimientos secundarios y dependientes en las rutas que van del llano a la montaña. También en la costa onubense, a mediados del IV milenio, se desarrolla la territorialidad disuasoria y una concentración del poblamiento, evidente en

En el Neolítico Tardío fueron habituales los rituales fundacionales y de inhumación vinculados a una división del grupo social. Ídolo antropomorfo conservado en el Museo Arqueológico de Jaén.

Entre el 3600 y el 3200 a.C., durante el final del Neolítico, se desarrollaron los grandes poblados precalcolíticos que basaron su economía en la agricultura con el uso del arado. Hoz neolítica de El Acebuchal, Carmona (Sevilla).

asentamientos como Papaúvas (Aljaraque), que se relaciona con la intensificación económica y la vinculación a suelos más productivos. Al mismo tiempo se plantea una fisión en las tierras interiores con una división de los poblados en función de estrategias económicas de gran desarrollo posterior: por un lado se situarán los yacimientos agrícolas, que después pasarán a fortificarse, y por otro los asentamientos de orientación silvo-pastoril, vinculados al desarrollo dolménico.

La importancia de la agricultura en este periodo vino marcada por el uso del arado—aunque no contemos con pruebas directas—, circunstancia que supuso la puesta en explotación de tierras que antes no podían ser cultivadas, con la colonización de zonas aluviales en el Guadalquivir y sus afluentes y en las comarcas bajas del sureste, y que llevó a una importante concentración de la población y a un aumento de los excedentes que, para algunos autores, fueron almacenados en los abundantes silos localizados en los asentamientos de esa época.

Asimismo, la consolidación del sistema económico se revela también en las especies agrícolas y ganaderas documentadas. En el primer aspecto, en la cueva del Toro disminuye la importancia proporcional de la recolec-

ción y se aprecia una mayor diversificación en las especies domésticas. Tiende a potenciarse el trigo desnudo, acompañado por cebada desnuda, cebada vestida, escanda, haba, lenteja, guijo, guisante y arveja. Los estudios faunísticos de Los Castillejos muestran cómo los bóvidos siguen destacando en peso en el Neolítico Final, superando el 40 % de los restos, mientras los équidos alcanzan también un porcentaje destacable (7 %).

Por otra parte, alcanzan altos porcentajes en la cerámica las fuentes y cazuelas carenadas, que se han relacionado con el consumo colectivo de productos cocinados con cereales, aunque sirvieron también para otros alimentos con grasas (estofados de carne). Los cambios en la industria lítica se consolidan, constatándose la percusión indirecta para la obtención de grandes hojas largas, quedando reducida la técnica a presión y el tratamiento térmico de los soportes a la modificación secundaria o retoque.

En cuanto al ritual funerario, éste se incrementa en los enterramientos, no sólo en estructuras megalíticas más complejas en forma y contenido sino también en fosas acampana-



El mundo funerario de finales del Neolítico se distinguió por estructuras funerarias complejas y por la progresiva difusión de los enterramientos en «silos». Vista del corredor y del fondo de la cámara del dolmen de Soto, Trigueros (Huelva).



das comúnmente denominadas «silos». Aunque estos enterramientos individuales o familiares podrían tener un origen anterior, la atribución cronológica más antigua hasta la fecha, de mediados del IV milenio a.C., corresponde al polideportivo de Martos, pero se trata de un fenómeno de larga perduración, con numerosos ejemplos como Campo Real y El Acebuchal (Carmona), la base naval de Rota (El Puerto de Santa María), El Jadramil (Arcos de la Frontera), La Esparragosa (Chiclana de la Frontera), puerto de la Palmera (La Puebla de los Infantes), El Trobal (Jerez de la Frontera), El Llanete de los Moros (Montoro) o La Minilla (La Rambla), que se desarrolla también en paralelo a la inhumación en grandes dólmenes y en las cuevas artificiales calcolíticas del valle del Guadalquivir, como muestran los casos de Valencina de la Concepción.

### 1.1.3. Las primeras sociedades complejas: Andalucía durante el III milenio

#### La aparición de la metalurgia en el sureste: la cultura de Los Millares

La metalurgia del cobre ha sido el referente de definición del periodo Calcolítico, que se inició durante los últimos siglos del milenio IV y se extendería a gran parte del III a.C. El origen de esta tecnología fue utilizado por los partidarios de las hipótesis difusionistas, que defendían la llegada de colonos orientales a la península Ibérica en búsqueda de metales, un tipo de hipótesis ya mantenido por L. Siret y desarrollado después por conocidos investigadores como E. Sangmeister, B. Blance, M. Almagro, H. Schubart, entre otros, y que fue desmontado a partir de la crítica realizada por el inglés C. Renfrew. Durante el último tercio del siglo XX se han elaborado nuevas hipótesis que contextualizan los cambios sociales, tecnológicos y económicos acaecidos entre los milenios IV y III a.C., explicándolos como el resultado de los procesos de evolución interna que experimentaron las poblaciones indígenas de Andalucía y Portugal.



Actualmente, se utiliza como criterio de demarcación para el Calcolítico Antiguo (3200–2800 a.C.), en relación con el Neolítico Final, un amplio espectro de materiales: recipientes cerámicos, como las fuentes de borde engrosado, las hojas de sílex prismáticas de grandes dimensiones, realizadas a través de la percusión indirecta con palanca, y la proliferación también en sílex de piezas para la agresión, como las puntas de flecha con aletas y pedúnculo o de base cóncava, talladas por presión con retoque en toda su superficie. La secuencia del Calcolítico muestra el máximo desarrollo de los grandes centros fortificados, como Los Millares, durante el Cobre Pleno (2800–2500 a.C.), mientras que en el Cobre Reciente (2500–2000 a.C.) aparecen otros elementos significativos, por ejemplo la cerámica campaniforme, que se halla acompañada de nuevas piezas metálicas, en especial de armas y objetos suntuarios, como las puntas de flecha de forma foliácea denominadas «puntas de palmera», los puñales con empuñadura en forma de lengüeta y los anillos, colgantes y diademas de oro. También en la industria lítica proliferan ahora los denominados «dientes de hoz», que sustituyen a las hojas utilizadas en las hoces en épocas anteriores.

Entre el 3200 y el 2000 a.C. se desarrolló un nuevo periodo cultural denominado Calcolítico. Su fase inicial se distinguió por fuentes o platos de borde engrosado, grandes hojas de sílex y puntas de flecha de base cóncava. Plato calcolítico conservado en el Museo Arqueológico de Sevilla.



Hacia el 2800 a.C. aparecen grandes centros fortificados, siendo un ejemplo el de Los Millares. Maqueta que representa la *tholos* de Los Millares, fechada en la Edad del Cobre. Museo Arqueológico de Almería.

Las diferencias entre el valle del Guadalquivir y el sureste en los elementos muebles y en la articulación entre asentamientos y sepulturas responden a niveles de jerarquización similares, pero expresados con manifestaciones diferentes, y conocidos en diferente grado según las áreas, lo que aconseja un tratamiento separado. El Calcolítico del sureste de la península Ibérica queda inscrito en la cultura de Los Millares, definida por L. Siret como fase final de lo que denominó la cultura de Almería, a partir de la excavación del poblado epónimo considerado durante mucho tiempo, en la órbita de las explicaciones invasionistas al uso, una colonia oriental. Si bien el avance teórico y metodológico ha descartado radicalmente contactos civilizadores, el atractivo desarrollo social de la cultura de Los Millares ha mantenido el interés de los investigadores, conduciendo a una proliferación de modelos de explicación sobre el desarrollo social que, en la mayor parte de los casos, no han tenido en cuenta el registro arqueológico real ni, mucho menos, los resultados de la investigación reciente.

En este sentido, el medio ambiente del sureste, actualmente árido, ha sido considerado como un elemento determinante en el desarrollo de las sociedades de esta región entre el Neolítico Reciente y el Calcolítico, al obligar a cambios para facilitar el asentamiento humano en un medio hostil. Estas innovaciones condujeron además a un fuerte desarrollo so-

cial, sea porque eran necesarias elites gestoras, sea porque determinados individuos se aprovecharon de las inversiones en su propio beneficio. Hay que señalar, sin embargo, que los análisis antracológicos, carpológicos y faunísticos realizados han demostrado que el entorno estaba lejos de ser árido y que, aunque el régimen de lluvias no fuera mucho más abundante que el actual, la existencia de una mayor cubierta vegetal garantizaba la conservación de la humedad y la explotación de determinados recursos vegetales sin recurrir al regadío. La presencia de conducciones de agua, como el acueducto de Los Millares, no implica que fueran usadas con relación a la agricultura ni que el regadío fuese estrictamente necesario para la subsistencia. En cualquier caso, las actividades agrícolas de secano se han mantenido en la región hasta la segunda mitad del siglo XX, debiéndose pensar en razones de rentabilidad más que en el deterioro climático para explicar el abandono de tales cultivos. Además, pese a que se haya planteado también la presión demográfica, el volumen de población existente no tuvo que recurrir nunca a la explotación de tierras marginales. Por el contrario, hipótesis recientes atribuyen el importante proceso de jerarquización a la interacción entre la acumulación pecuaria, el control de la fuerza de trabajo de distinta procedencia y condición (extranjeros, mujeres, niños, hombres, etc.), el control del poder comunal (y especialmente el ritual) y la apropiación por la comunidad-estado de la tierra, que pasa a ser una simple posesión de los campesinos.

En el entorno de Los Millares se ha documentado para época calcolítica, en efecto, una vegetación de carácter arbustivo en las mesetas y colinas que rodean el asentamiento, descendiendo el piso mesomediterráneo casi hasta la altura de éste, con una densa cobertura vegetal compuesta por bosque de encinas y matorral mediterráneo (acebuche, lentisco, jaras, brezos, romeros y leguminosas). Desde los 600 u 800 metros de altura dominaba el pinar en la vecina sierra de Gádor, con pino salgareño y silvestre, empleados como combustible en las actividades metalúrgicas y en la construcción de determinadas edificaciones, a





Detalle de la entrada al yacimiento de Santa Fe de Mondújar, en Almería; fue un importante poblado perteneciente a la cultura de Los Millares que floreció durante la Edad del Cobre.

lo que se añaden evidencias de una importante vegetación de ribera (alisos, fresnos, álamos, sauces, tarayes, sauco y cañas), corroborada por la presencia en el registro arqueológico de animales como la rata de agua, los galápagos de agua o de aves como el ánade real. Tal vez la acción humana pudo incidir en la extensión del pino sobre la encina y en la desaparición de las especies de ribera, pero también hay datos sobre una mayor aridez en las fases finales a partir de los estudios geomorfológicos y palinológicos, aunque la presencia de vid silvestre indica que había zonas con relativa humedad y, de hecho, los análisis isotópicos en semillas han mostrado mayor humedad en la Prehistoria reciente que en la actualidad.

Los estudios sobre la antigua línea de costa realizados por el Instituto Arqueológico Alemán han demostrado que, aunque no alcanzaba la posición de Los Millares, el antiguo estuario quedaba mucho más cercano al asentamiento, lo que tal vez favoreció la existencia de un puerto fluvial resguardado. Como se dijo anteriormente, las transformaciones de la línea de costa también fueron importantísimas en el valle del Guadalquivir, donde su estuario llegaba a las proximidades de Sevilla, fenómeno que también sucedió en los ríos Tinto-Odiel y Guadalete.

Se debe resaltar también el desarrollo temprano de fortificaciones, a veces de extraordinaria complejidad, como en el caso de Los Millares, cuyas seis hectáreas estaban cerradas por tres líneas de muralla paralelas y una ciudadela interna fortificada en el extremo del espolón sobre el que se situaba la ciudad, recinto este último en el que se localizaba una gran cisterna para el almacenamiento de agua, alimentada por una conducción que desde el exterior cruzaba todo el asentamiento. Las dos murallas internas y la ciudadela fueron erigidas hacia 3200 a.C., mientras la exterior, con un perímetro de unos 400 m,

Vista del yacimiento de Santa Fe de Mondújar, que cuenta con más de cien enterramientos.





El entorno de Los Millares en época calcolítica se caracterizó por una vegetación arbustiva y por densos bosques de encinas y matorral mediterráneo. Vista aérea del yacimiento de Los Millares.

fue construida en torno a 3000 a.C., con una altura original estimada de unos 4 m, bastiones a intervalos regulares y dos barbancas o puertas fortificadas que protegían las entradas, con aspilleras usadas como saeteras. Menos altas son las dataciones disponibles para las murallas excavadas de Campos y Zájara, en la cuenca almeriense de Vera, que superan apenas el año 2500 a.C., pero existen evidencias de reestructuraciones en estos asentamientos y datos sobre una mayor continuidad en Almizaraque, entre 2750 y 2275 a.C., siendo éste quizá el lugar central que existía en la densamente poblada desembocadura del río Almanzora.

Hacia el sur, la meseta de Los Millares está dominada por varias alineaciones de colinas, en cuyas cotas más prominentes, a ambos lados de la rambla de Huéchar, se asientan hasta trece fortines, que completan el potente sistema defensivo que controla el asentamiento y su territorio más próximo. Algunas de estas fortificaciones son torres circulares de planta simple, con una pequeña barbana que defiende la puerta de entrada; otras son recintos de tamaño pequeño o medio reforzados con bastiones, y sólo unos pocos, entre ellos el número 1, muestran un doble recinto con bastiones y profundos fosos. En el fortín 1, donde los dos recintos se construyeron en fases sucesivas, se ha documentado que las sae-

teras del recinto interior fueron cegadas al construirse el exterior, al que se asocian dos profundos fosos concéntricos, el primero con un pequeño antemuro, además de una pequeña trinchera que estrecha aún más el acceso desde el este. Una pequeña torre exenta cubre un ángulo muerto al sureste en la caída hacia la rambla de Huéchar. El esfuerzo defensivo se aprecia también en las puertas, situadas de forma lateral en dos de los seis bastiones con los que cuenta, lo que obliga a salvar el foso con estructuras de madera sobre cimentaciones de piedra. En el espacio entre ambos recintos amurallados, en el cuadrante noroeste, se sitúan, además de una cisterna, dos cabañas, una de las cuales al menos se asocia a la realización de puntas de flecha, mientras en los espacios abiertos tienen lugar actividades de combustión, de molienda del grano y de la sal, y de almacenamiento de grano en cantidades que exceden las necesidades de la población residente.

El fortín fue ocupado por un grupo de personas, fundamentalmente varones, que además de tallar las puntas de flecha y controlar el almacenamiento de recursos realizaba actividades «guerrero-intimidatorias» sobre las poblaciones del entorno que explotaban los pastos de la sierra de Gádor, incluyendo expediciones de rapiña más o menos consentidas. Los fortines se constituirían, pues, como puntos de vigilancia de una zona sometida a la presión sobre sus recursos móviles, así como el recordatorio de la continua amenaza de la fuerza y de la integración de las elites al sistema de dominio central, tal como expresaría la presencia de sepulturas circulares (*tholoi*) y de puertas perforadas en algunas de las necrópolis megalíticas como la de Huéchar, o la de megalitos ortostáticos, similares a los de las poblaciones periféricas, en la propia necrópolis de Los Millares, que tal vez podrían corresponder a parte de las elites integradas.

Por su parte, las viviendas calcolíticas de Los Millares y de otros poblados del sureste presentan planta circular, con un zócalo de piedra y alzados de barro y ramaje, como en Los Millares y El Malagón, o de adobes, como en el cerro de la Virgen de Orce. Sobre las paredes, un techo cónico de cañas reves-



Durante el Calcolítico se desarrollaron importantes poblados fortificados, algunos realmente complejos como el de Los Millares, que contaba con tres franjas paralelas de muralla, las cuales cerraban las seis hectáreas que ocupaba la ciudadela. Vista aérea del yacimiento de Los Millares.

tidas de barro cerraría el espacio. Algunas viviendas disponen de pequeñas estructuras adosadas, construidas con la misma técnica, para determinados servicios o para resguardo de animales domésticos. A menudo se sitúan junto a las viviendas silos excavados en el suelo, o cisternas algo mayores, para el almacenaje de grano o agua. En Los Millares se conocen, además, grandes estructuras rectangulares, como el taller metalúrgico al interior de la tercera muralla o el gran edificio público compartimentado, documentado por L. Siret en el centro de esta misma área.

Respecto a las bases de subsistencia destaca la ganadería, no sólo para el aprovechamiento de los productos secundarios (lana, leche, etc.) y el uso como tracción animal, sino también como forma de acumular y exhibir riqueza. En este contexto, los datos más interesantes del estudio faunístico de Los Millares (Santa Fe de Mondújar) han demostrado las diferencias existentes entre las distintas áreas del yacimiento en cuanto a las especies y edad de los animales consumidos. Los bóvidos dominan especialmente en las inmediaciones de la muralla exterior del poblado, donde se han

documentado zonas de despiece y vertedero al exterior, mientras son escasísimos en los fortines excavados sistemáticamente (1 y 5), donde también es casi nula la presencia de carne de animales salvajes. Al exterior de la segunda muralla, la presencia de fragmentos craneales y falanges de bóvidos sugiere la separación total de la piel para su posterior curtido, y la diferente presencia de partes del esqueleto de ovicápridos y suidos sugiere traslados por las diferentes áreas del yacimiento. Las diferencias en el consumo son aún más evidentes si atendemos a las edades, con una alta representación de terneras en las casas de mayores dimensiones, situadas junto a la segunda muralla, donde al parecer se concentraban los linajes de mayor relieve social.



En las inmediaciones de los poblados se han localizado zonas de despiece, vertederos y, en ocasiones, talleres especializados adosados a las murallas exteriores. Punta de flecha en cobre y oro tipo palmela encontrada en Villaverde del Río, Sevilla.

Otro recurso de la dieta de los habitantes de Los Millares ha sido la pesca marina. Se han localizado pargos, meros y doradas y, por otro lado, se han podido determinar treinta especies de moluscos, entre los que hay caracoles de tierra, de agua dulce y marinos.

Los estudios de las semillas de Los Millares, cerro de la Virgen, El Malagón y Las Pilas, Campos y otros yacimientos del sureste documentan diferentes tipos de cebada y de trigo, frecuentemente torrefactados para su conservación, guisantes y habas y varios huesos de uva y aceituna, a relacionar con la posible selección de acebuches a lo largo del tiempo mostrada en Los Millares, que sugiere una protodomesticación del olivo, aunque la mayoría de los especialistas siguen considerando la uva y la aceituna de esta época como elementos recolectados junto a las bellotas, el

lentisco, el esparto, el panizo/mijo, la adormidera y los higos.

Asimismo, la escala de la explotación metalúrgica es mayor de lo que corrientemente se ha supuesto, si tenemos en cuenta la constatación en Los Millares de técnicas extractivas avanzadas y el desarrollo de una tecnología compleja con tratamientos térmicos que se alternan con el martillado en frío de las piezas. En Los Millares se han localizado dos zonas con talleres especializados: la primera, situada en varias estructuras circulares y cuadradas adosadas al sector norte de la muralla exterior, mientras que a intramuros de la tercera línea se han documentado varios talleres superpuestos de época precampaniforme, con planta rectangular. Se ha señalado la selección de materias primas con alto contenido en arsénico para producir piezas cortantes como las hachas, aunque otros autores han interpretado las discordancias como resultado de un menor reciclado del metal de estos instrumentos, especialmente los amortizados definitivamente en sepulturas, y que, al no sufrir nuevos procesos de fundición, ofrecen, consecuentemente, una menor pérdida del arsénico que aparece en los filones asociados de forma natural al cobre.

También adquirió un gran desarrollo en esta época la explotación de otros recursos minerales no metálicos, como las piedras duras empleadas para molinos, hachas y azuelas, a veces trasladadas a distancias considerables desde los afloramientos volcánicos del cabo de Gata o las minas y canteras de rocas silíceas de lugares como La Venta (Orce). Sin embargo, las grandes hojas de sílex que aparecen en los ajuares funerarios proceden de las sierras Subbéticas Occidentales, utilizándose los recursos locales del sureste sólo para la producción de puntas de flecha. Los bienes de prestigio (ídolos, adornos, etc.) se fabricaron en piedra, hueso y marfil en los asentamientos centrales, como demuestra el taller de Almizaraque.

La cerámica ofrece mejoras técnicas que no van acompañadas de una calidad formal generalizada, si exceptuamos determinados recipientes de lujo como la cerámica simbólica (decorada con animales, ojos-soles y otras



En el Calcolítico se desarrolla la elaboración de bienes de prestigio e ídolos en piedra, hueso y marfil. Ídolo-cilindro de hueso procedente de Morón de la Frontera y conservado en el Museo Arqueológico de Sevilla.



Gran parte de los enterramientos del Calcolítico se realizaron en sepulturas de cámaras circulares construidas en piedra y cubiertas por una falsa cúpula. Enterramiento de túmulo de base circular y con galería de acceso; yacimiento de Santa Fe de Mondújar (Almería).

figuras), las cerámicas denominadas respectivamente naranja y gris, y, obviamente, la posterior cerámica campaniforme decorada. En la cerámica común predominan los platos, fuentes y cazuelas de formas simples, a veces con el borde engrosado, pero no almadrado como en el valle del Guadalquivir, orzas y ollas de tamaño medio y algunos recipientes con cuello. En arcilla cocida se realizan también pesas de telar, placas perforadas utilizadas como tensores y «cuernecillos» o crecientes.

Uno de los aspectos mejor conocidos, no obstante, es el ritual funerario. En Los Millares se ha localizado la mayor y más monumental necrópolis colectiva de todo el Occidente mediterráneo. La componen un centenar de tumbas extendidas por la llanura que antecede el área amurallada, ordenadas en pequeñas agrupaciones en torno a las cuales se debían de situar otros elementos arquitectónicos y muebles. La mayor parte de las sepulturas constan de una cámara circular construida con mampostería de piedra caliza procedente de canteras situadas en la misma área de la necrópolis. La cámara está cubierta, a veces, por una falsa cúpula por aproximación de hiladas y, otras, por un cierre horizontal de madera

apoyado en un pilar central. Un corredor de longitud y tramo variables conduce a la cámara desde el exterior. Tanto en la cámara como en el corredor se localizan nichos laterales usados para los enterramientos infantiles, y las paredes se cubren con un zócalo de revestimiento con lajas de pizarra verticales. Entre cada uno de los tramos, en el acceso exterior y en el acceso a la cámara, se encuentran lajas de pizarra, perforadas en su centro, que funcionan a modo de puertas. Todo el conjunto se encontraría cubierto por un túmulo cónico de piedras y tierra, sujeto por muros concéntricos. En la periferia del túmulo, y en contacto con el suelo natural, una línea de piedras de mayor tamaño, y que suelen destacar por su color blanquecino, forma un vestíbulo o peristilo que se adapta a la entrada monumental de la cámara y, a menudo, a los recintos rituales externos, donde se sitúan betilos troncocónicos que deben de representar a los enterrados.

Los resultados de las excavaciones de L. Siret y su capataz, P. Flores, a finales del siglo XIX, demostraron el carácter colectivo de las inhumaciones realizadas en las sepulturas, al parecer de tipo primario, aunque sólo se

Los yacimientos de mayor tamaño de finales de la Edad del Cobre situados en la cuenca de Vera estaban rodeados de importantes necrópolis. Ídolos en hueso y piedra procedentes de Almizaraque, uno de los poblados más destacados de finales del IV milenio a.C. Museo Arqueológico Nacional, Madrid.

A finales de la Edad del Cobre algunos de los asentamientos poblacionales se establecieron en zonas cercanas a los filones de cobre. Vista desde la entrada del corredor de la cueva de Menga, Antequera (Málaga).

encontraron en su posición los últimos cadáveres introducidos durante la amplia utilización temporal de los sepulcros, mientras que los enterrados con anterioridad aparecían desarticulados y arrinconados. La presencia de niveles de incendio que habían afectado a determinados restos ha llevado a sugerir la práctica de una cremación parcial, pero parece que estos niveles correspondían a un proceso periódico de limpieza de las sepulturas y quizá a ceremonias realizadas durante los enterramientos. Las inhumaciones, de veinte a un centenar, ocuparon no sólo las cámaras y sus nichos, sino también, una vez completamente ocupados éstos, los tramos del corredor y los nichos del mismo.

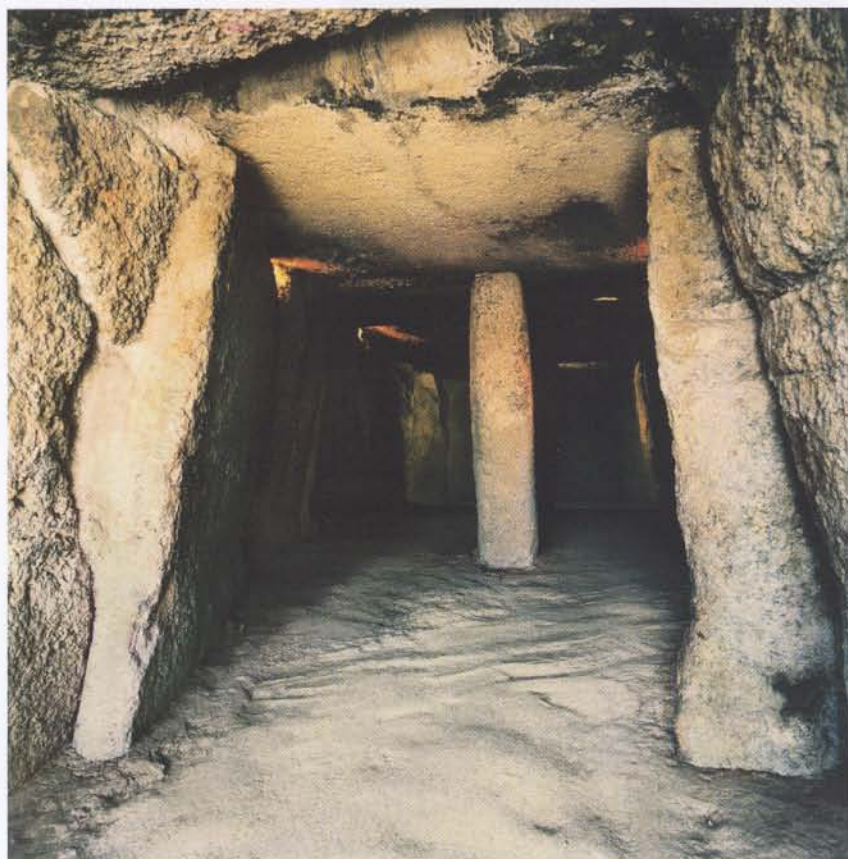
En relación con la conocida necrópolis de Los Millares se plantean dos interesantes cuestiones: su diferenciación interna, que ha sido atribuida a los diversos linajes del poblado, y



las relaciones de dependencia que parecen mostrar con ella las necrópolis de sepulturas dolménicas de Alhama y Gádor. Ya R. W. Chapman planteó que existía una profunda diferenciación entre las sepulturas de Los Millares, no simplemente atribuible a diferencias cronológicas, en la presencia de determinados materiales, considerados de prestigio, como las armas metálicas, los elementos en marfil, las cáscaras de

huevo de avestruz, los puñales de sílex y las cerámicas simbólica y campaniforme. Reconoció, además, que existían agrupaciones de tumbas en las que sólo algunas concentraban estos elementos de prestigio, entre ellas la 40, la 5 y la 7, y, por tanto, planteó diferencias entre clanes o grupos familiares. Estas tumbas, cabe añadir, suelen situarse en el área más cercana al poblado.

Sin embargo, el control no fue tan estricto en todo el territorio de Los Millares, y en áreas periféricas éste quedó remarcado sólo por la dispersión de sepulturas megalíticas. Así, en el pasillo de Tabernas las tumbas marcan los puntos de desplazamiento a través de las cuerdas (partes altas de las cumbres) hasta los Filabres, las dorsales (para remontar una sierra de lado a lado), los collados (para comunicar dos valles entre montañas), los vados (para atravesar cursos de agua) y los cruces entre diversas rutas, siendo en el último lugar donde suelen concentrarse las sepulturas. Por el contrario, en las zonas de valle, las necrópolis se concentran en la zona de hábitat, donde se localizan los *tholoi* asociados a los poblados más importantes y datados, según las fechas de Los Millares y El Barranquete (Níjar), ya a finales del IV milenio a.C. En Tabernas, la articulación de estas necrópolis de valle con las dispersas de media y media-alta montaña muestra una oposición zonal este-oeste, manifestada en la intervisibilidad de las sepulturas, su articulación con los asentamientos y la situación de los poblados, que expresa una frontera que per-





La localización de diversos tipos de ídolo en sepulturas supone la existencia de un culto funerario a los ancestros. Ídolos encontrados en Los Millares.

vivirá incluso en la Edad del Bronce. Las dispersiones continúan también hacia el pasillo de Fiñana, donde se sitúan los sepulcros más monumentales en las pequeñas agrupaciones.

En la cuenca de Vera, los poblados mayores, como Las Pilas sobre el río Aguas, Almizaraque sobre el bajo Almanzora y Las Churuletas en el curso medio-bajo del mismo río, están también rodeados de importantes necrópolis. Almizaraque pudo haber cumplido el papel de centro nuclear de un área muy amplia, si tenemos en cuenta su emplazamiento, su arquitectura defensiva, la abundancia de ídolos antropomorfos sobre huesos largos y el carácter de sus sepulturas. A finales de la Edad del Cobre, cuando la reestructuración del poder debió de conducir a una fragmentación del territorio relacionada con el auge de las aristocracias de centros periféricos, el asentamiento de Las Pilas pudo mantener un papel destacado, para luego ser abandonado con la instauración del nuevo sistema político argárico.

En cambio, en los altiplanos granadinos, como el pasillo de Cúllar-Chirivel, se dispersan los asentamientos en rutas paralelas a los principales filones de mineral de cobre, con asentamientos mineros medianos o pequeños,

como muestra el conocido caso de El Malagón. Es de señalar que el conjunto de tumbas megalíticas del río de Gor-Fonelas-Laborcillas define una doble dispersión, desde el fondo del valle hasta el límite del altiplano, con demarcación de vías pecuarias —como la cuesta de la Sabina y la cuesta del Almial—, y desde la confluencia en el río Fardes de todos los ríos de la zona que muestran dispersión megalítica hasta los accesos a la sierra de Baza, donde el papel de Las Angosturas (Gor), con una pequeña necrópolis de *tholoi* desaparecida, pudo ser fundamental en el control del acceso y la presión tributaria sobre las comunidades que por él se desplazaban. En la zona de la sierra de Baza se produce sin duda el más espectacular proceso de combinación de intereses mineros y ganaderos relacionados con los movimientos de los rebaños. Dentro de esta área, en el sepulcro denominado Moreno 3 o Fonelas 10 (Fonelas), ya investigado por Siret, con cámara ligeramente trapezoidal y corredor corto, una reexcavación más reciente ha documentado un recinto dentro del cual se ha podido recuperar una estela de pizarra excepcional, decorada con un doble motivo ornamental grabado, consistente en una cenefa perimetral de zigzag y un antropomorfo central.



Vaso campaniforme andaluz perteneciente a la colección Gómez Moreno.

Por otro lado, en el sureste se han localizado también numerosos tipos de ídolos, algunos de influencia externa como los ídolos-placa, normalmente sobre esquisto o pizarra, con forma trapezoidal y bordes ligeramente redondeados, y otros de ámbitos más locales como los betilos o ídolos-cilindro ligeramente troncocónicos, o los ídolos cruciformes atribuidos al Neolítico Reciente. Más frecuentes y difundidos son los ídolos-falange, con uso de falanges de équido fundamentalmente, y más exclusivos los ídolos realizados sobre huesos largos, de los que existe una amplia representación en Almizaraque, en un edificio donde se procedía a su elaboración. Dichos ídolos han sido relacionados, por su localización mayoritaria en se-



Los estudios actuales determinan que en el valle del Guadalquivir, durante el III milenio a.C., se desarrolló una intensiva actividad metalúrgica. Hojas de armas calcolíticas conservadas en el Museo Arqueológico de Sevilla.

pulturas, con un culto funerario o a los ancestros en general, en el que se repetiría la función de los motivos recurrentes desde el Neolítico Antiguo en la pintura rupestre esquemática. Aparecen, además, verdaderas representaciones humanas de bulto redondo en piedra, marfil y hueso en los ambientes domésticos y comunales de los grandes asentamientos como Los Millares, Almizaraque, Las Angosturas y El Malagón.

La circulación de ciertos elementos simbólicos desde Los Millares (cerámica naranja, simbólica, campaniforme e ídolos de hueso) actuaba como referente del poder del poblado y probablemente como enmascaramiento del tributo, con independencia de su fabricación local o no, un tributo que frecuentemente parece que se canalizaba, además, en función de una ideología de filiación, plasmada en la imitación del modelo adoptado por Los Millares para su arquitectura funeraria y sus elementos simbólicos.

Como sucede en el valle del Guadalquivir, el sureste muestra en torno al año 2200 a.C. una profunda crisis del sistema, con un fuerte descenso demográfico y, en última instancia, con la destrucción coetánea de los fortines de Los Millares antes del abandono del asentamiento. La ruptura supondrá, al iniciarse la Edad del Bronce, el auge de las comunidades situadas al oriente, entre el valle del Almanzora y la comarca de Lorca, que serán capaces, con una organización más descentralizada, de mantener el control social agudizando la explotación de una capa reducida de población y aligerando la presión, en gran parte con promesas derivadas del beneficio de la agresión exterior, sobre el resto de los subordinados.

### Jerarquización social, apropiación de la producción y justificación ideológica en Andalucía occidental durante el III milenio

El Calcolítico del valle del Guadalquivir y la Alta Andalucía destaca por las manifestaciones funerarias, además de presentar diferencias en la cultura material mueble respecto



al sureste, hasta el punto de que, tras las investigaciones pioneras de G. Bonsor y los *Corpora* del megalitismo publicadas por G. y V. Leisner, los poblados quedaron marginados en los siguientes estudios, y sus estructuras, incluyendo las fortificaciones, fueron minusvaloradas respecto a las del sureste por estar realizadas, en su totalidad o en parte, con materiales perecederos. Sin embargo, a las evidencias antiguas sobre la complejidad de las manifestaciones de la Edad del Cobre en esta área, con las enormes diferencias entre las sepulturas en tamaño o contenido o la espectacularidad de otras manifestaciones, como el denominado «campaniforme de estilo Carmo-  
na», la investigación actual ha añadido

abundantes datos sobre la continuidad en el hábitat, la jerarquización entre los asentamientos, la circulación de materiales de prestigio y el desarrollo de industrias especializadas como la metalurgia, lo que ha llevado a plantear que el nivel de centralización y estratificación social era, al menos, tan desarrollado como en la cultura de Los Millares.

Las cabañas típicas del periodo en el valle del Guadalquivir, en efecto, eran también circulares y exentas, con zócalos de mampostería más o menos elevados sobre los que se disponían alzados de cañas revestidas de barro, y techumbre del mismo material, apoyada en postes. Sin embargo, la evolución de las viviendas debe proponerse sólo a grandes rasgos por la gran variabilidad entre yacimientos, como muestra el caso de Marroquíes Altos (Jaén), donde, aunque las viviendas tienden a ser circulares y exentas y no excavadas, y a mostrar zócalos de adobe o piedra cada vez más consistentes, existen evidencias de verdaderas casas semisubterráneas de gran diámetro (hasta más de 5,50 m), incluso en época campaniforme, a partir del año 2500 a.C. Lo mismo cabe decir de la evolución de las fortificaciones de este yacimiento, donde la piedra y el adobe reemplazaron rápidamente a las empalizadas, casi siempre acompañadas de fosos que, como

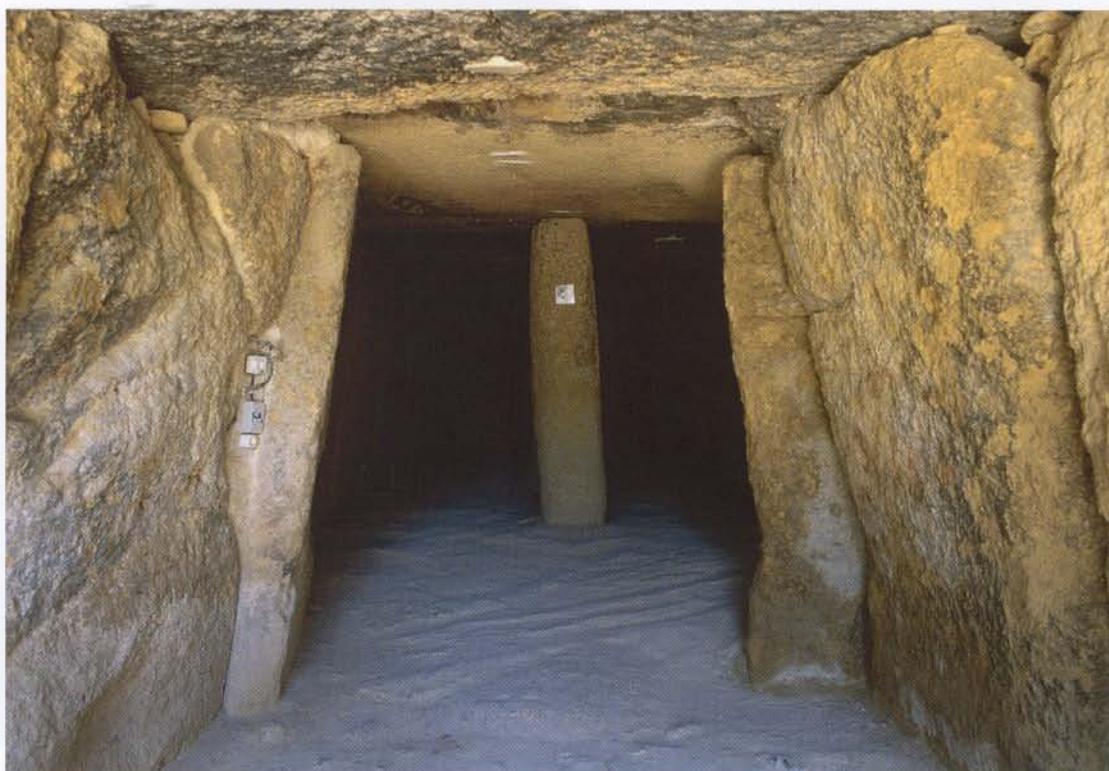


En Valencina de la Concepción, Sevilla, se encuentra un asentamiento con uno de los registros metalúrgicos más importantes e interesantes de la Península durante el III milenio a.C. Ídolo placa o amuleto que representa a un búho y que se localizó en el destruido dolmen de la Edad del Cobre de Valencina de la Concepción.

cualquier otro elemento en desuso, fueron amortizados mediante su relleno. En el interior de las viviendas se localizan hogares con anillo perimetral de barro, algunos bancos o poyetes para la realización de actividades, vasijas de consumo y almacenamiento, restos de comida consumidos o almacenados (fauna, semillas, etc.) y, sobre todo, áreas destinadas a actividades textiles (con diferentes tipos de pesas de telar asociados a numerosos punzones y agujas de hueso).

Durante mucho tiempo, la actividad metalúrgica calcolítica en el suroeste y el valle del Guadalquivir fue considerada como poco relevante durante el III milenio a.C. Sin embargo, en los últimos años, los resultados del proyecto Odiel, dirigido por F. Nocete, están cambiando radicalmente esta imagen, fundamentalmente a partir de tres circunstancias: las excavaciones de Cabezo Juré (Alosno, Huelva); las evidencias sobre la primera contaminación por metales pesados de la bahía de Cádiz, a partir del análisis de los sedimentos marinos y de las conchas recuperadas por las comunidades prehistóricas, y, más recientemente, el interesante registro metalúrgico localizado en el importante asentamiento situado bajo el casco urbano de Valencina de la Concepción. Esta activi-

Hacia el 2500 a.C. se desarrollan en el valle del Guadalquivir grandes asentamientos; un número importante de éstos presentan sistemas defensivos y monumentales necrópolis situadas en las inmediaciones. Detalle del dolmen de Menga, Antequera.



dad metalúrgica intensiva se debe situar en un contexto de apropiación general de la producción agropecuaria, a través del control de la fuerza de trabajo que exige formas de justificación y exhibición del poder, manifestadas, por ejemplo, en la presencia de elementos exógenos y de prestigio dentro de las sepulturas.

En relación con dicha actividad metalúrgica, se ha podido documentar en Cabezo Juré, datándola entre 2875 y 1920 a.C., una creciente división social del trabajo, con la concentración en la ladera meridional, a favor de los vientos, de la reducción-tostación del mineral en hornos con ventilación a través de toberas para controlar la combustión, a unos 1.200 °C, mientras en el resto del yacimiento sólo se encuentra la fase de fundición o refinado en crisoles, a 1.000 °C. En la cúspide fortificada del cerro se concentran los elementos de prestigio (entre ellos láminas de oro y hojas prismáticas en sílex llegadas desde las serranías Béticas). La actividad metalúrgica se revela también compleja en el proceso técnico de elaboración de las piezas, con tres cadenas operativas diferentes, una de las cuales implica el tratamiento térmico entre dos fases de martilleado en frío.

Por otra parte, frente a la importancia de la fauna salvaje en Cabezo Juré, ésta sigue su disminución en los contextos de valle, como muestra el ejemplo de Carmona, donde la deforestación del entorno parece haber aumentado y determinado un paisaje abierto, con olmos, brezos, acebuches, etc. Durante el desarrollo de la Edad del Cobre aumenta la proporción de bóvidos en todas las áreas, así como la de suidos, según la secuencia de Los Castillejos de Montefrío, y sólo a finales del periodo pasan los ovicápridos al primer lugar, especialmente en las áreas montañosas.

En el valle del Guadalquivir se desarrollan, hacia 2500 a.C., grandes estructuras políticas que implican asentamientos de gran tamaño y complejidad, como el de Valencina de la Concepción, en el que se separa un área de poblado, un área intermedia considerada como «campo de silos» y defendida por un gran foso, y un área funeraria donde las diferencias entre las sepulturas son enormes, aunque las distinciones son más agudas si tenemos en cuenta que hay individuos que son simplemente arrojados a fosos y zanjas, sin enterramiento formal. Destaca aquí el dolmen de La Pastora, de más de cuarenta y cinco metros



de largo y cámara circular, con hasta cuatro estrechamientos del acceso, además de la diferencia de altura entre el corredor y la cámara, compartimentación posiblemente relacionada con la clasificación social de las personas enterradas.

Dicho sistema también incluye asentamientos agropecuarios centrales, como El Gandul (Mairena del Alcor), cuya necrópolis muestra también sepulturas de gran importancia y variada tipología, como el dolmen de El Término, el *tholos* de Las Canteras o la galería de la cañada del Carrascal. Marroquíes (Jaén) y Alcores-Albalate-Berral (Porcuna), con fortificaciones en piedra desde el año 3000 a.C., entrarían también en esta categoría. Junto a ellos se localizan lugares dependientes, entre ellos asentamientos estratégicos, como el cerro de la Coronilla (Cazalilla), y asentamientos especializados en la extracción/producción de elementos de gran demanda (materiales silíceos y minerales metálicos, entre otros), que se concentran en los

centros políticos, pese a las distancias, y en determinadas áreas periféricas que también cuentan con sepulcros de entidad, como La Paloma, en la necrópolis de El Villar (Zalamea la Real), o con áreas especiales como la ya referida acrópolis de Cabezo Juré, siendo importante el papel que sus elites jugaron en el control de la producción y la distribución de esos elementos de prestigio.

Además, el clima de inestabilidad que acompaña a la jerarquización social se aprecia en la proliferación de murallas también en áreas de la Alta Andalucía antes de 2300 a.C., como muestran Los Castillejos de Montefrío o el cerro de La Capellanía (Periana), así como en la aparición de fortines o asentamientos estratégicos como el peñón del Oso (Villanueva del Rosario). De hecho, otras grandes necrópolis concentradas de la Alta Andalucía deben expresar también la importancia de los poblados que en torno a ellas se sitúan, como la ya citada necrópolis megalítica de Las Peñas de los Gitanos y, desde al me-

Vista del largo corredor de acceso (23,50 m de longitud) del sepulcro neolítico de El Romeral, fechado hacia el año 2500 a.C.



El ajuar funerario de las sepulturas de El Romeral o El Negrón indica que existió cierta relación de cooperación-tributación entre asentamientos. Vasija neolítica con incisiones, procedente de Los Millares. Museo Arqueológico Nacional, Madrid.

nos el año 2500 a.C., las famosas necrópolis de Antequera, tanto la de cuevas artificiales de Alcaide, como los extraordinarios sepulcros de Menga –un dolmen de más de 25 m de longitud, con cámara oval y un pequeño estrechamiento inicial que actúa de corredor, inscrito en un túmulo de al menos 60 m de diámetro–, la galería megalítica de Viera y el *tholos* de El Romeral. Este último es un sepulcro megalítico que presenta doble cámara con paredes de mampostería en falsa cúpula, cerrada con una gran losa de cobertura que no actúa como clave. El largo corredor de acceso (23,50 m) está construido también con mampostería y las entradas a las cámaras están

constituidas por puertas adinteladas. Todo el conjunto queda inscrito en un gran túmulo que supera los 85 m de diámetro y los 8 m de altura.

En realidad, las diferencias en forma y tamaño de las sepulturas también pueden seguirse en las necrópolis de cuevas artificiales, como las de El Negrón (Gilena, Sevilla), datadas entre 2920-2880 a.C. Los numerosos objetos exóticos de Antoniniana 1 denotan la capacidad del grupo social –amplio y con relaciones familiares no exclusivamente consanguíneas, sino de alianza– de canalizar el intercambio de elementos simbólicos, iniciado en periodos anteriores, para asegurar la cooperación en el emparejamiento o en trabajos rituales, pero que, al extenderse, servirán para justificar la posición de aquellas comunidades, de sus dirigentes, que usarán ahora esa antigua «cooperación» como tributo más o menos disimulado. De hecho, la jerarquización quedaría enmascarada, para amortiguar el conflicto social, a partir del ritual de inhumación colectiva que acompaña la mayor parte de los megalitos calcolíticos. Por tanto, sea en función de la dependencia de los centros agrarios, sea la circulación de elementos de prestigio o la erección de ciertos monumentos a favor sólo de ciertos individuos, la verdad es que la existencia de una forma de tributación supone que los campesinos no tienen nunca la auténtica propiedad, al cana-



Piezas de cerámica procedentes de la cultura de El Argar, Almería.

lizarse parte de los beneficios de su producción hacia otros.

El sistema social descrito, que supone una baja tasa de explotación tributaria sobre una capa amplísima de población, será incapaz de reproducirse porque, en su necesidad de continua expansión para aumentar el volumen de plusproducto acumulado por las elites, dependerá de otras periféricas, que se volcarán en sus propios intereses, aprovechando en su favor el descontento de las capas sobreexplotadas —por ellos y por la elite central— en la periferia, de ahí que sea precisamente en estas zonas periféricas donde tengan lugar las más importantes transformaciones. Así, en las regiones murcianas y en el valle medio del Almanzora, en Almería, se inician nuevos desarrollos sociales cuando entre en crisis la cultura de Los Millares. Y es en estas regiones donde surgen los elementos materiales que definen un nuevo mundo, en el que culminará el proceso de complejidad social que se ha iniciado en la Alta Andalucía y el sureste a partir del Neolítico Reciente: hablamos de la cultura de El Argar, que ya podemos considerar formada en su área nuclear del sureste a partir del año 2200 a.C.

#### 1.1.4. Andalucía durante el II milenio a.C.: las primeras sociedades aristocráticas

La Edad del Bronce en el sur de la península Ibérica se puede situar entre los años 2200 y 800 a.C. En el sureste y la Alta Andalucía existe una clara discontinuidad cultural entre sus fases iniciales (Bronce Antiguo, Medio y Tardío), adscritas a la cultura de El Argar, y el Bronce Final, que comienza a partir de 1300 a.C., y en el que se manifiestan profundos cambios sociales expresados en los sistemas de asentamiento y en la cultura material mueble. Por el contrario, en Andalucía occidental es difícil identificar cambios importantes en la cultura material, que no sólo mantiene fuertes tradiciones calcolíticas para el Bronce Antiguo y Medio, sino que incluso ofrece una fuerte continuidad durante el Bronce Final, incubándose a lo largo de



toda la Edad del Bronce un importante complejo cultural que ya ha sido definido como tartésico o prototartésico por los distintos investigadores.

En cualquier caso, en toda Andalucía, durante la Edad del Bronce, la jerarquización social se agudiza, lo que se manifiesta con las diferencias en los asentamientos de consumo, en la apropiación de medios de producción —entre ellos los bienes móviles, como los rebaños y la fuerza de trabajo vinculada a la servidumbre— y en la disponibilidad y el uso de bienes de prestigio, especialmente metálicos, dentro de una ideología guerrera y aristocrática que tiende a perpetuar/cerrar el acceso a las clases sociales privilegiadas.

#### La cultura de El Argar

El área nuclear de la cultura de El Argar se situaba entre la región almeriense del bajo Almanzora y la comarca murciana de Lorca, donde desarrollaron importantes excavaciones a finales del siglo XIX los hermanos Luis y Enrique Siret, cuyos resultados publicaron en un magnífico estudio denominado *Las primeras edades del metal en el sureste de la península Ibérica*, obra aún hoy fundamental para el estudio de la Edad del Bronce. La cultura argárica se extendió por el sureste y la Alta An-

El uso de bienes de prestigio simbolizaba la pertenencia a las clases sociales privilegiadas durante la Edad del Bronce. Diadema y pulseras de oro encontradas en el depósito funerario de Montilla, Córdoba. Museo Arqueológico de Barcelona.

dalucía, ocupando la totalidad de las provincias de Almería y Murcia y una gran parte de las de Granada, Jaén y Alicante. En función de la tipología de los materiales, de las dataciones de C-14 y de las reestructuraciones de los poblados se han ofrecido diversas propuestas de periodización que sugieren un Bronce Antiguo de formación (2200-1900 a.C.) entre la zona de Lorca y la depresión de Vera, un Bronce Pleno (1900-1650 a.C.) durante el que tiene lugar la expansión argárica hacia los altiplanos granadinos y el alto Guadalquivir, y un Bronce Tardío (1650-1450 a.C.), con una importante crisis que transforma la sociedad argárica cuando todavía se asiste a una última expansión hacia la zona del alto Vinalopó (Villena, Alicante).

En esa época se produjo una significativa degradación del paisaje respecto de los periodos precedentes, como se observa en los altiplanos granadinos más orientales, según los datos paleoecológicos obtenidos en Castellón Alto (Gallera), aunque en determinadas áreas de nueva colonización, como Sierra Morena, se constata una situación aún muy diferente de la de hoy en día, puesto que, según análisis realizados en Peñalosa, los alcornos llegaban incluso hasta unos 200 m por debajo del nivel actual y apenas se han recuperado restos de especies indicadoras de espacios abiertos, como jaras y retamas; incluso los ácaros estudiados en este yacimiento, como los parásitos de la fauna cazada, hablan de un biotopo boscoso y húmedo.

El registro arqueológico de los yacimientos argáricos muestra, además, una serie de innovaciones, tanto en la ubicación de los asentamientos, en cerros muy escarpados, como en la cultura material mueble. En las cerámicas predominan las formas cerradas, ollas y orzas, así como peculiares cuencos lenticulares, copas y recipientes carenados, sin decoración pero a menudo bruñidos hasta adquirir un brillo metálico. Se ha sugerido la tendencia a una pro-

ducción cerámica normalizada, al menos para determinados recipientes, aunque es discutible que se pueda hablar de un patrón de medida.

Un papel destacado al respecto juega la metalurgia, para la fabricación de abundantes adornos y, sobre todo, para la de armas. La mayoría de los elementos cortantes, excepto los relacionados con la siega y la trilla, se realizan en metal, que, siguiendo la tradición calcolítica, continúa siendo cobre arsenicado y no una aleación de cobre y estaño, pues, aunque el auténtico bronce se conoce en el sureste desde fechas tempranas (1800 a.C.), no se introduce de forma regular hasta el Bronce Tardío y Final. Técnicamente, los productos están mejor acabados y la proporción de arsénico es ahora mayor, con el resultado de un incremento de su dureza. El metal se funde en moldes univalvos o bivalvos con la forma en negativo de la pieza.

Por su lado, la industria lítica tallada muestra una importante regresión y se emplea sólo para la realización de dientes para hoz. Por el contrario, sigue en auge la producción de útiles piqueteados o pulidos sobre piedras duras (molinos, manos de molino, martillos de minero, escoplos, etc.), a partir de rocas de procedencia local.

#### Patrones urbanísticos

La mayoría de los poblados argáricos se sitúa en colinas escarpadas que acentúan la defensa. Las laderas se cortan para obtener plataformas escalonadas en las que ubicar las viviendas y los espacios públicos (establos, cisternas, etc.), distribuidos en calles estrechas que comunican las distintas terrazas y recogen las aguas procedentes de los techos, poco inclinados para servir de paso, además, entre las diferentes terrazas. Idealmente, las plata-



La mezcla del cobre y el estaño dio lugar a la fabricación de bronce, material básico en el desarrollo de la técnica metalúrgica dedicada a la fabricación de armas. Espada de Guadalajara, que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional, Madrid.

formas incluyen dos muros paralelos, uno trasero revistiendo en parte la pared rocosa recortada y otro delantero y paralelo, constituido por la prolongación del revestimiento de la terraza inferior, como sucede en Castellón Alto o en Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén), aunque en otros casos se reviste la roca de la pared trasera de las terrazas sólo con barro y cal, sin muros de mampostería, pero con postes de refuerzo adosados, de modo que los muros delanteros se sitúan directamente sobre la terraza en cuestión sin apoyar en la inferior.

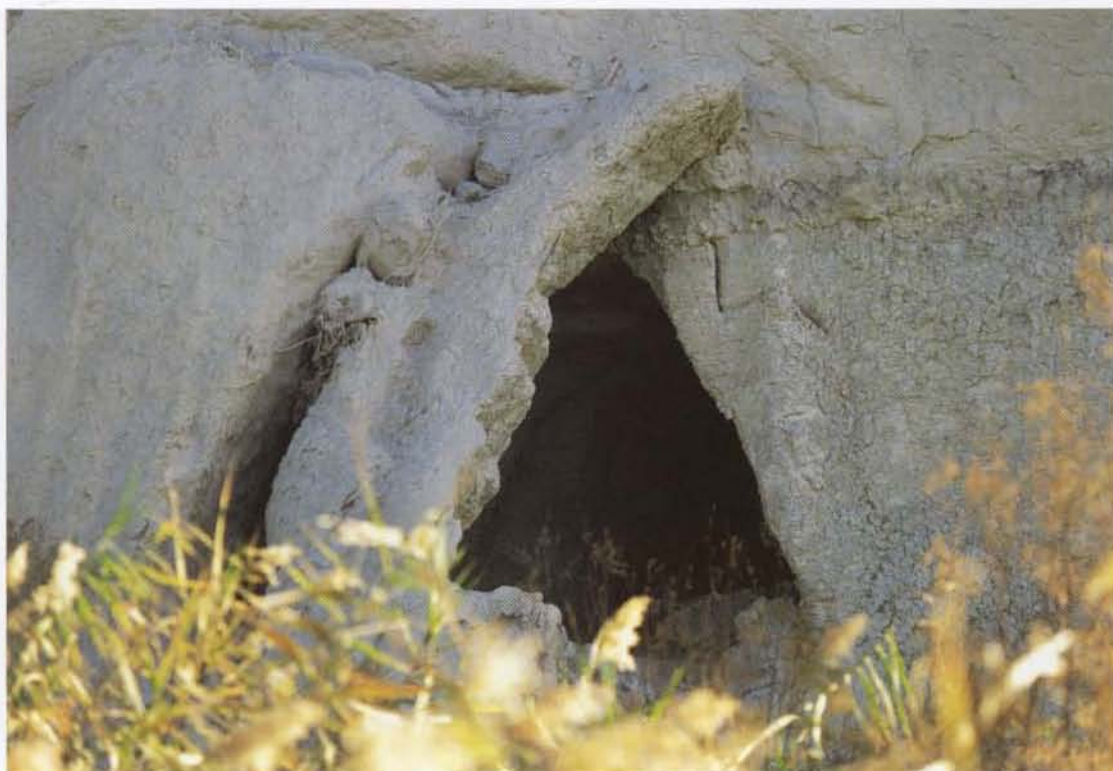
Las viviendas son básicamente de planta rectangular, u oval –como en Gatas (Turre, Almería)–, alineadas en las terrazas y agrupadas frecuentemente en barrios, aunque excepcionalmente se dan viviendas exentas, como el edificio X en Fuente Álamo (cuevas del Almanzora, Almería). Se construyen, por regla general, con materiales locales, extraídos en las proximidades. Mientras en Peñalosa los alzados de pizarra llegan a superar los 2 m, en Fuente Álamo, sobre un zócalo de piedra, se levantan fábricas de tapial, que en algunas fases de Gatas conforman toda la pared, reforzadas con un armazón de postes de madera embutidos. En Castellón Alto las paredes sobre zócalos de mampostería están fabricadas con barro y cañizo. Las casas suelen constar de varias habitaciones separadas por tabiques de pizarra y adobe, como en Peñalosa, o de cañas y barro, como en la loma de la Balunca (Castilléjar, Granada) en el yacimiento de Castellón Alto (Galera, Granada). La techumbre, normalmente plana y a una vertiente, utiliza ramaje soportado por vigas maestras y pies derechos o postes, impermeabilizada con launa, tierra o yeso. A veces, como en Peñalosa, la techumbre se completa con lajas de pizarra. Se pavimenta con lajas o barro sobre un estrato de cimentación más o menos grueso o directamente sobre la roca. En Castellón Alto se han localizado sobre el suelo esteras que lo cubren en parte y que pueden haber sido utilizadas para el descanso. Debajo de las casas, tras las paredes traseras, o debajo de algunas estructuras tipo banco, se sitúan las sepulturas, que pueden ser de diversa clase: cistas, covachas, urnas, etc.



Las principales diferencias en los poblados entre las distintas áreas del mundo argárico se aprecian en los sistemas de cierre y defensa, creándose recintos amurallados a veces exentos en la parte más alta de los asentamientos, a modo de acrópolis. En la zona nuclear de la cultura de El Argar, tanto en la cuenca de Vera como en los territorios murcianos más próximos, la cima de los cerros se encastilla con potentes fortificaciones que forman una acrópolis o ciudadela en la que viven las elites. A este respecto, en la acrópolis de Fuente Álamo se emplazan construcciones destacadas (grandes edificios en forma de torres exentas con finalidad de palacio-almacén, silos con

La mayoría de los poblados de la cultura de El Argar se situaban en colinas escarpadas como medida defensiva. Poblado argárico del Cerro de Castellón de Alto, en el altiplano de Granada.

El sistema de cierre y defensa era el rasgo que diferenciaba a los poblados de las distintas áreas que existieron en el mundo argárico. Detalle de la entrada de una de las cuevas encontradas en los alrededores de Antas, Almería.



bases troncocónicas macizas de mampostería, cisterna) y algunas casas relacionadas con la elite, mientras el resto del poblado se extiende en terrazas por las laderas, sin murallas de cierre. En los altiplanos orientales de Granada se vuelve a repetir el modelo, quedando la acrópolis de Castellón Alto circundada por un muro de fortificación, en cuyo interior se han localizado dos grandes casas, con ricas sepulturas, y una cisterna. Por el contrario, el modelo urbanístico característico del grupo granadino occidental presenta un recinto fortificado de planta rectangular o absidal, sin viviendas ni sepulturas internas, situado sobre una meseta en la zona central del asentamiento: es el caso de la cuesta del Negro (Purullena) o del cerro de la Encina (Monachil). En el primero, la defensas incluyen también un pequeño fortín, aislado del asentamiento.

Por su parte, en Peñalosa, aunque las cisternas para el almacenamiento de agua suelen situarse en estas áreas especialmente fortificadas, se ha localizado una emplazada en la parte más baja del asentamiento, relacionada con actividades metalúrgicas, y en un principio externa al propio poblado. De hecho, en este asentamiento dicha actividad metalúrgica se desarrolla dentro de recintos con espacios des-

cubiertos. En torno a estos u otros puntos de luz se han documentado telares, a menudo junto a bancos, mientras en otras áreas de las casas se han localizado zonas de molienda con despensas, silos o grandes contenedores para el almacenamiento de los cereales. Aun cuando en todas las casas de Peñalosa parece existir actividad metalúrgica, se aprecian algunas diferencias, como la presencia en una de ellas de un almacén de galena; en otros yacimientos se ha hablado de talleres especializados. La aparición en Castellón Alto, además, de grandes cantidades de coprolitos de cabra y conejo junto a niveles de estiércol hace pensar en la existencia de pequeños rediles y establos situados junto a las casas.

#### Aspectos económicos y demográficos

Se ha planteado que, a partir de 2250 a.C., se produjo en el sureste un fuerte incremento demográfico que alcanzó su apogeo durante los siglos finales del periodo argárico; así se constata por evidencias funerarias o por el número de instrumentos encontrados en los asentamientos. Los cálculos realizados sobre los materiales líticos demuestran que muchos de los asentamientos argáricos de altura podrían haber dispuesto de más de 400 artefac-

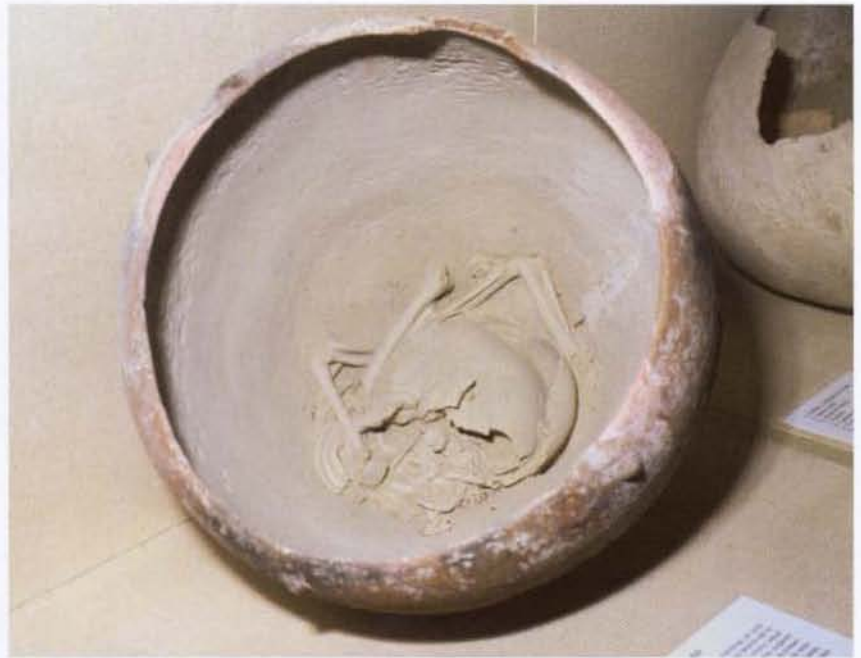


tos de molienda en estado operativo, lo que probaría que se podía garantizar la alimentación de unas mil personas, si pensamos en una comunidad campesina autosuficiente. Este crecimiento estuvo condicionado por un mayor énfasis en el control de la fuerza de trabajo y en el de la producción básica, a través de una mayor presión sobre las mujeres, y se vería acompañado de un aumento de la mortalidad infantil, reflejado en el mayor número de inhumaciones de niños.

La economía argárica estaba basada principalmente en la agricultura de secano, en el cultivo de pequeños huertos en los valles fluviales y en la ganadería, pero hay que señalar que, en general, los grandes asentamientos eran los que disponían de menos tierras en sus inmediaciones, lo que sugiere que su abastecimiento debió de basarse en una circulación tributaria relativamente extendida. La caza y la pesca parece que cubrían sólo una ínfima parte de la dieta, con mínimos en la cuesta del Negro y máximos en Peñalosa, en un contexto más serrano y menos alterado, donde los cérvidos alcanzaban el 15 % del total de la fauna.

En realidad, los animales domésticos siguen siendo los mismos desde la neolitización de Andalucía (ovicápridos, bóvidos, équidos y suídos), pero ahora se aprecian diferencias en la importancia relativa de cada especie en uno u otro asentamiento y, si en Castellón Alto el dominio de los ovicápridos parece abrumador, en Peñalosa y el cerro de la Encina existe un mayor equilibrio entre las especies, dominando casi siempre las de gran talla, si atendemos al peso, aunque con diferencias entre las distintas partes de los asentamientos, ya que los équidos parecen ser objeto de un mayor consumo en las acrópolis, tal vez en grandes fiestas donde se comen tanto animales jóvenes como adultos, tras ser usados en labores de tracción. Existen también variaciones temporales que se cifran en el aumento continuo y muy importante en todo el periodo del consumo de bóvidos en la cuesta del Negro y de équidos en el cerro de la Encina.

Respecto a la agricultura extensiva hay que señalar que parece existir cierta especialización en la cebada en Gatas y Fuente Álamo,



lo que ha sido relacionado con la necesidad de poner en cultivo terrenos peores que obligan al menos a un barbecho de 1 o 2 años, con un aumento de los costes de producción al aumentar a su vez la distancia de los campos a los asentamientos. En algunos yacimientos como Peñalosa y Castellón Alto el repertorio de especies cerealísticas cultivadas es más amplio e incluye cebada vestida, trigo desnudo, cebada desnuda, escaña, escanda, avena, centeno, panijo y mijo, aunque dominan las dos primeras especies. La presencia en Peñalosa de barcias, raquis y plantas adventicias parece indicar el cultivo de los cereales en

La presión demográfica y la tasa de mortalidad infantil sufrieron un incremento elevado al final del periodo argárico. Urna de cerámica con enterramiento infantil en su interior, procedente del poblado del Cerro de las Viñas, Lorca. Murcia.



El cultivo de la cebada muestra la existencia de una agricultura extensiva que aprovechaba terrenos poco aptos mediante la técnica del barbecho. Restos de trigo carbonizado que datan del II milenio a.C. Museo Arqueológico de Barcelona.



El bosque fue una fuente de suministro importante de materias primas destinadas a la fabricación de útiles de agricultura y caza. Moldes de hachas fabricadas en el periodo del Bronce. Museo Provincial de Lugo.

las inmediaciones, aun cuando los terrenos sean pobres. Además de leguminosas como el haba, documentada en la mayoría de los yacimientos, o el guisante, localizado en Castellón Alto y en Peñalosa, otros elementos también se hallan presentes en la mayoría de los poblados excavados, como el lino, que se cultiva como producto oleícola o básicamente como fibra textil, siendo numerosos los restos que se han documentado en las sepulturas argáricas, al conservarse dicho tejido cuando se halla en contacto con un metal de cobre, como sucede, por ejemplo, en la sepultura 121 de Castellón Alto, donde se conservan restos de vestiduras y gorros de lino, aunque el tejido de lana sea más abundante en la vestimenta de los enterrados.

También están presentes diversos frutos en los yacimientos de la Edad del Bronce del alto Guadalquivir y del este de Granada (peras,

bellotas, aceitunas y uvas), aunque siguen siendo considerados como producto de la recolección. El bosque resultaba además una fuente de materias primas fundamental para la obtención de leña y madera para la construcción y la elaboración de determinados útiles. Por ejemplo, en Peñalosa se ha documentado el uso del corcho para la fabricación de tapaderas circulares, aunque en otros casos se realizaban con pizarra.

Por otro lado, sólo determinadas materias primas, como el mineral de cobre, las rocas volcánicas y el marfil, procedían de zonas alejadas, mientras la mayor parte se obtenía en la zona inmediata a los yacimientos. Sin embargo, ciertos elementos se incluyen en una circulación de prestigio que afectaba, en principio, sólo a las elites, si bien se ha destacado la importancia que la ideología de emulación, y su significado social de pertenencia a la comunidad, tuvo en la generalización relativa de determinados elementos, como los metálicos; una muestra de interacción extrapeninsular se encuentra en Fuente Álamo y Lorca, con el hallazgo de cuentas de fayenza.

Asimismo, en Peñalosa se han podido rastrear las diversas fases del procesamiento metalúrgico, y destaca al respecto la separación espacial de los procesos de molienda del mineral, reducción o tostación, fundición propiamente dicha y vertido en moldes. De hecho, parte de los dos primeros procesos fue realizada al exterior del poblado. En esta producción destacaban los adornos y, especialmente, las armas, a las que se ha atribuido un valor de cambio, habiéndose planteado que los puñales y espadas se convirtieron en el símbolo de la pertenencia a la comunidad, así como en un «medio de producción» para la guerra y la rapiña. Se produjo, por tanto, el control del aprovisionamiento del mineral y de la producción, segregándose las zonas de producción y de uso.

Los análisis de isótopos de plomo, realizados sobre objetos procedentes de los yacimientos de Gatas y Fuente Álamo, han demostrado que el mineral no procedía de los afloramientos de la fachada litoral almeriense y murciana, sino de la zona de Linares e incluso de Huelva, donde la caracterización de



Los puñales y las espadas se han considerado símbolos de pertenencia a la comunidad, además de ser instrumentos para la guerra y la rapiña. Puñales de bronce de la cultura argárica.

isótopos de la franja pirítica está más avanzada. Habría que determinar si circulaban materias primas o elementos acabados, y definir el carácter de la circulación, ya que, si la mayor parte de los elementos se distribuía al interior de las mismas sociedades, cabría hablar de tributación y redistribución de los tributos entre las diferentes capas de la nobleza, con mecanismos de dones-servicios que podían extenderse, de forma excepcional, al exterior de las formaciones sociales.

#### La diferenciación dentro de los asentamientos. La evidencia funeraria y otros datos

El yacimiento de El Argar (Antas, Almería), que da nombre a esta cultura, se sitúa en un espolón amesetado sobre el río Antas, vecino a los yacimientos del Neolítico y del Calcolítico de El Garcel y La Gerundia. Esta continuidad del poblamiento y las características especiales del asentamiento de El Argar respecto de los poblados en cabezos encastillados que hemos descrito muestran la importancia del lugar y el rango que adquirió dicho asentamiento, con más de 1.300 enterramientos localizados en su interior. En la cultura de

El Argar se generalizó la costumbre del enterramiento individual en el interior del hábitat, en la mayoría de las ocasiones bajo las viviendas o embutidos en las paredes de las mismas, costumbre que se difundió durante la Edad del Bronce por gran parte del territorio peninsular.

Aunque el patrón corriente es la inhumación individual, numerosas tumbas contienen dos individuos: adulto e infantil o dos adultos de diferente sexo, pero a éstos también pueden añadirse uno o varios niños. Recientemente se han aportado datos sobre diferencias temporales entre los inhumados en las tumbas dobles de Gatas, en las que, pese haberse probado una asociación entre hombre y mujer, se ha señalado una diferencia de, al menos, dos generaciones entre los cadáveres, siendo, en la mayoría de los casos, la mujer la primera inhumada, si bien hay excepciones interpretadas como el hermano de la madre, lo que, junto a la mayor variabilidad craneal de los hombres, ha llevado a hablar a los investigadores del yacimiento de una relación parental de base matrilocal y matrilineal. Sin embargo, además de los problemas de comparación entre las dataciones,



La costumbre del enterramiento individual se generalizó en la cultura de El Argar, aunque se han encontrado numerosas tumbas con varios individuos en su interior. Reconstrucción de una tumba-sepulcro. Museo Arqueológico de Barcelona.

que no nos parecen consistentes, hay casos de enterramientos dobles en la cueva del Negro y Castellón Alto donde la escasa alteración del primer cadáver invalida una diferencia temporal tan amplia.

La diferenciación entre ajuares masculinos y femeninos y, sobre todo, la presencia de enterramientos femeninos sin ajuar permiten deducir, efectivamente, que las mujeres seguían teniendo un papel subordinado respecto a los hombres, ya que no accedían a determinadas armas, pero indudablemente las pertenecientes a las elites tuvieron unas mejores condiciones de vida y, en El Argar y Peñalosa, dados algunos hallazgos de mujeres con armas, se ha planteado que en determinadas circunstancias éstas pudieron adquirir los papeles masculinos a favor del mantenimiento de la posición social de su familia. En el área granadina se han citado diferencias

significativas entre las mujeres y los varones argáricos, especialmente en las patologías, ya que ellos muestran más artrosis en el sector dorsal de la columna y en el hombro, y mayor desarrollo muscular incluso en el tendón de Aquiles, lo que prueba que transportaban pesos y caminaban más por las áreas escarpadas en las que habitaban. Asimismo, los esqueletos de los varones presentan un mayor número de traumatismos, especialmente en el lado frontal derecho del cráneo, que se han atribuido al desarrollo de actividades peligrosas, entre ellas la violencia interpersonal. Por otro lado, las mujeres desarrollaron también actividades que supusieron importantes esfuerzos físicos, sobre todo la molienda, y sufrieron una mayor mortalidad en relación con la reproducción.

Sin embargo, los ajuares funerarios son de riqueza desigual también entre individuos del

mismo sexo, lo que se aprecia, tanto en la presencia de armas y metales preciosos (oro y plata) sólo en algunas sepulturas, como en la cantidad y características técnicas y formales del resto de elementos, incluidas las ofrendas alimenticias. En determinados casos, como en Fuente Álamo, cuesta del Negro, cerro de la Encina y Peñalosa, se ha llegado a probar no sólo la diferencia tipológica entre la cerámica del poblado y la de la necrópolis, sino también la diferencia en la manufactura y las materias primas empleadas, hasta tal punto que algunos elementos se realizan expresamente para su utilización como ofrendas funerarias, especialmente para la clase alta.

Desde el año 1900 a.C., en los yacimientos de mayor entidad política como El Argar (Antas, Almería) y La Bastida (Totana, Murcia), los ajuares se diferencian aún más en metales preciosos y armas. En Fuente Álamo, la clase dominante estaría representada en las tumbas 1, 75 y 68, las dos primeras con hallazgos de oro que han llevado a hablar de «tumbas principescas» de importancia tal vez suprarregional, a las que habría que sumar, además, el rico ajuar de las tumbas femeninas 101 y 111, localizadas en campañas recientes.

Aunque el derecho a recibir algunos objetos en las sepulturas, especialmente las armas, se adquiría con la edad, en las clases altas se desarrolló rápidamente la tendencia a mostrar el poder de la familia haciendo acompañar a los niños fallecidos de un rico ajuar, fundamentalmente adornos en metales preciosos y armas, como se demuestra en el conocido enterramiento infantil nº 8 del cerro de la Encina, mientras que los niños de las capas bajas no recibían prácticamente ofrendas. Los estudios de Gatas han mostrado cómo en muchos casos las urnas destinadas a niños de bajo nivel social son las que menos se adaptan a las normas métricas y las peor realizadas, lo que ha llevado a pensar que fueron realizadas por las propias madres (o padres) y no por artesanos o artesanas especializados.

Todas estas diferencias de nivel social se deducen, aparte de en las formas y dimensiones de las tumbas, de los análisis paleopatológicos que muestran las enfermedades sufridas y los esfuerzos realizados por los inhumados, como



se ha constatado en el cerro de la Encina, la cuesta del Negro, Gatas y Peñalosa. Por la asociación de las sepulturas, se ha señalado la cima de Fuente Álamo como la residencia de las elites dominantes, con espacios de consumo y públicos y con enterramientos únicamente de su clase, al menos hasta Fuente Álamo IV avanzado, donde se encuentran tumbas ricas y clientes, tal vez como resultado de una mayor vinculación. Por el contrario, se localizan enterramientos pobres, en la ladera de hábitat aterrazado, de personas que han realizado fuertes esfuerzos, frente al grupo anterior de salud privilegiada. Tumbas de la élite se han localizado también concentradas en determinadas áreas, cercanas a las acrópolis de yacimientos como el cerro de la Encina, la cuesta del Negro, Castellón Alto y Peñalosa.

Sin embargo, en estos yacimientos las tumbas ricas suelen estar acompañadas de otras más pobres, y sepulturas de ajuar relevante se hallan también, con menor frecuencia, en viviendas situadas más lejos de la cumbre. Por tales acompañamientos hemos planteado la existencia de siervos o esclavos inhumados en las mismas viviendas que los aristócratas, sin ajuares y con evidencias de haber realizado actividades más duras, como ejemplifican las asociaciones documentadas en La Bastida, Pe-

Los niños fallecidos de las clases altas eran acompañados de un ajuar muy rico en sus tumbas. Se trata de una tendencia que desarrollaron muy rápido los grupos dominantes del mundo argárico.

Reconstrucción de un enterramiento propio de la Edad del Bronce con el difunto colocado en posición fetal junto a su ajuar. Museo Arqueológico de Barcelona.



ñalosa y la cuesta del Negro. La caracterización como siervo se toma aquí en un sentido restringido para referirnos a las personas directamente dependientes de las familias nobles, pero el término lo podemos emplear también para definir a la clase explotada de la época, desde el momento en que la militarización supuso un freno a su libertad de desplazamiento y una amenaza sobre su vida y sus posesiones. Los siervos, esto es, la clase más explotada, debieron de desarrollar labores domésticas y ocuparse de los rebaños de los aristócratas mientras éstos se encargaban de la rapiña y la guerra y organizaban la distribución de los productos y el aprovechamiento de la tierra, que en teoría aún no había pasado a ser propiedad de las familias, pero que por esa adscripción relacionada posiblemente con el reparto familiar y no clánico, estaba dominada de hecho por las elites.

Hemos de tener en cuenta, no obstante, que otros autores han interpretado las diferencias de riqueza entre los inhumados en las mismas viviendas como resultado del hecho de que la familia, aun encargándose todavía del enterramiento, no se ocupaba de la depo-

sición de un ajuar uniforme, existiendo importantes diferencias en el interior de una familia extensa matrilocal y matrilineal; pero tal interpretación no explicaría por qué algunos habían trabajado más y, por otra parte, presupone que la familia en sentido extenso tuvo siempre una verdadera relación parental y no incluía a los domésticos.

En este contexto de diferenciación social deben tomarse con evidentes reservas los datos sobre rasgos físicos generales obtenidos de los análisis antropológicos que señalan una estatura media de 1,57 y 1,67 m para mujeres y hombres respectivamente, y una baja esperanza de vida (23 años), acompañada de una mortalidad en la primera infancia superior al 40 %, además de indicar que sólo el 3 % de la población superaba los tres años.

En resumen, la actividad metalúrgica en el poblado de Peñalosa aparece de forma generalizada en todo el asentamiento, aunque el acceso a determinado tipo de elementos metálicos como las armas, según muestran los ajuares de las sepulturas, no parecía estar extendido, lo que nos indica que el control social sobre los resultados del pro-

ceso metalúrgico estaba en manos de una elite a la que el metal servía tanto de símbolo de estatus como de forma de dominio de la clase baja.

### La diferenciación en el territorio.

#### Dependencia e integración económica

La expansión de los elementos considerados típicamente argáricos, como las copas y las vasijas carenadas fuertemente bruñidas, determinados elementos metálicos —espadas, alabardas y puñales con remaches— o los brazales en espiral en cobre y plata, hay que entenderla en el marco de las relaciones que se establecieron con las elites de comunidades vecinas. La clase dominante dependió, por tanto, del éxito de estos elementos como representación del poder, pero dejando vías para la exhibición de todos los miembros de la comunidad, de la misma forma que, con la participación en las expediciones de rapiña, y en sus resultados, se prometía el enriquecimiento de la capa basal no servil. El triunfo temporal del sistema se basó, indudablemente, en las posibilidades que ofrecía también la puesta en explotación intensiva de nuevas tierras o, coyunturalmente, de nuevos recursos como el metal. A partir del proceso de ocupación de nuevas áreas y de localización en zonas de importancia estratégica, se puede hablar en la Edad del Bronce de un verdadero proceso de colonización que implicó siempre asentamientos centrales, asentamientos de segundo orden, destinados a controlar un amplio territorio de variados recursos, y zonas de desplazamiento, fortines y poblados dedicados a la gestión de bienes específicos, agrarios o mineros.

Quizá el mejor ejemplo del sistema argárico de control y canalización de la producción se encuentre en la cuenca de Vera, donde se ha sugerido que el acabado de los productos artesanales, especialmente los metalúrgicos, no se realizaba en los asentamientos mineros y estratégicos, sino en El Argar mismo. Desde este yacimiento se hacían los envíos hacia los centros dependientes que, a cambio, habían contribuido con sus tributos al mantenimiento del centro político. En esta situación de dependencia se encontraba



Fuente Álamo, que debía proporcionar a través de sus núcleos mineros subordinados el metal en bruto para la realización de utensilios en El Argar. Además, tampoco se han hallado en Fuente Álamo instrumentos relacionados con la explotación agraria, aunque sí con la transformación, el almacenaje y el consumo. Lo mismo se puede decir de la ganadería: el predominio de los bóvidos, poco aptos para ese entorno montañoso, y el sacrificio de los ovicápridos a edad temprana, sin tener en

El éxito de la comunidad dependía de las posibilidades que ofreciera la puesta en explotación intensiva de nuevas tierras. Molde de una hoz, expuesto en el Museo Arqueológico de Oviedo.



Las clases dominantes argáricas necesitaban de la fabricación de elementos ornamentales que les distinguieran del resto de los miembros del grupo. Diadema de una tumba de El Argar (Antas, Almería).

El aumento continuado de la producción metalúrgica exigió la explotación plena de numerosos yacimientos y provocó el traslado de los centros de producción a la Baja Andalucía y a las regiones atlánticas.  
Peineta áurea del tesoro de Caldas de Reyes. Museo Arqueológico de Pontevedra.



cuenta que podían dar cuero, lana y leche, sugieren que tampoco sus habitantes se preocupaban de esta actividad, llegando la carne desde los poblados del llano como Cortijo del Salar (Vera). También en relación con Gatas se ha señalado la escasez de elementos de producción, lo que, unido al hecho de que el cereal se almacenaba limpio (sin malas hierbas ni glumas), sugiere su traslado desde los territorios de producción agrícola o desde pequeños poblados de llanura hasta los poblados de altura, que ocuparían una posición, en cualquier caso, secundaria respecto a El Argar. Esto quiere decir que el control político no aumentaba en proporción directa a la proximidad a las minas, ya que se controlaba centralizadamente tanto el aprovisionamiento de metal como la producción.

También el almacenamiento de productos agrarios en las zonas no productivas demuestra el control de la tierra cerealística en relación con la jerarquización social. Así, mientras en la depresión Linares-Bailén parece que los poblados centrales, e incluso los secundarios, se preocupaban de controlar más estrechamente los recursos agrarios, en el caso de la Vega de Granada, el cerro de la Encina controlaba directamente el acceso a los filones y a los pastos de verano, frente a los pequeños

poblados de llanura, en torno a la actual ciudad de Granada, de donde debieron proceder, como tributo y símbolo de la posición social, gran parte de los caballos sacrificados en la acrópolis del asentamiento central.

#### **Transformaciones de los sistemas de control en el Bronce Tardío**

La jerarquización no hizo sino agudizarse a mediados del II milenio a.C., y la transferencia del plusproducto, unida a la necesidad ideológica de emulación, llevó a la sociedad tributaria aristocrática a su colapso relativo por sobreexplotación. El sistema de control estricto del territorio, tal y como lo hemos presentado para la fase plena de la Edad del Bronce, parece entrar en crisis en el denominado Bronce Tardío, alrededor de 1600 a.C., cuando aparecieron en escena otros factores, como la interacción con las poblaciones argáricas de los grupos ganaderos del horizonte Cogotas I, llegados desde la Meseta, que crearon en la Alta Andalucía verdaderos asentamientos foráneos (como en el caso del poblado superior de la cuesta del Negro), donde se encargarían de controlar las rutas de trashumancia, fundamentales para sus actividades, en el marco, eso sí, de unas relaciones amistosas con las poblaciones argáricas del Bronce



Tardío, según demuestra la amplia circulación de las cerámicas decoradas con técnicas de incrustación de pasta, como el boquique o la excisión, que irrumpen con frecuencia en los asentamientos argáricos. Tampoco hay que olvidar, en relación con la crisis generalizada del mundo argárico, el desplome de la metalurgia del cobre arsenicado, sustituida por la producción del auténtico bronce, que exigió la plena explotación de los afloramientos de estaño occidentales y el traslado de los principales centros de producción y de los focos de poder económico a la Baja Andalucía y a las regiones atlánticas.

Lo cierto es que los mecanismos de control que antes referimos tendían a conducir a un peligroso aumento de la capa servil en el estado argárico, y pudo no ser suficiente el cese de la movilización de riqueza hacia los difuntos para evitar la caída en dependencia de muchos de los miembros de la capa basal. La última concentración de fechas para las sepulturas del sureste, en torno a 1550 a.C., sugiere que la ausencia de enterramientos indicada en algunas zonas para el Bronce Tardío podría ser resultado de la ausencia de reestructuraciones arquitectónicas antes del fin verdadero del mundo argárico, hacia el año 1300 a.C., y ello explicaría la mayor presencia de tumbas típicamente argáricas en estas

fechas en zonas de expansión como el alto Guadalquivir o el alto Vinalopó. En esta línea, el poblado amurallado aristocrático no se convertía en el medio adecuado para el enmascaramiento de la explotación, especialmente si una de las formas que ésta adquiría era la residencia conjunta de patronos, clientes y siervos, circunstancia que exigía nuevas formas urbanísticas, que se desarrollarían en el Bronce Final. Las casas de esta última fase cultural responderían a una nueva organización social en la que la facilidad de acceso al patrono no debía de estar estorbada por ninguna otra vivienda y en la que la propiedad mueble —rebaños y esclavos— no pudo quedar muy alejada, como demuestran también el desarrollo de anejos a las viviendas y la aparición de cercados.

#### Andalucía occidental y central durante la Edad del Bronce

En la zona occidental de Andalucía, la heterogeneidad en áreas cercanas de la cultura material de la Edad del Bronce —incluyendo los sistemas de enterramiento— se quiso leer como resultado del aislamiento y de una crisis demográfica, pero en nuestra opinión estas diferencias marcan la enorme competencia



Conjunto cerámico procedente de un ajuar funerario compuesto por una copa de pie, vaso bitroncocónico y dos vasijas pertenecientes a la Edad del Bronce. Museo Arqueológico Nacional, Madrid.

La cerámica funeraria y doméstica hallada en la parte occidental de Andalucía presenta rasgos distintivos respecto a otras áreas próximas. Copas procedentes de Guadix y Monachil, Granada.



existente en el interior de estas sociedades y entre ellas, así como, posiblemente, la persistencia de tradiciones anteriores. Uno de los principales problemas en la investigación de la Edad del Bronce de esta zona ha sido el hecho de que la cerámica funeraria y la doméstica se diferencian aún más que en la zona argárica y así, pese a la sistematización del Bronce del suroeste realizada por H. Schubart, a los investigadores les ha resultado muy difícil la adscripción cronológica de poblados que muestren cierta continuidad entre el Calcolítico y la Edad del Bronce.

El rasgo más relevante en este periodo es el enterramiento individual en cistas, fosas y covachas, que al contrario de lo que sucede en el sureste se realiza sobre todo fuera de los poblados. No son muchas las dataciones dispo-

nibles pero, por ejemplo, a partir de las obtenidas en la cista 20 de La Travesía (Almadén de la Plata) y las de Setefilla (Lora del Río) se puede indicar que las tumbas individuales estarían presentes al menos hacia 1900 y posiblemente en el suroeste de la Península desde 2200 a.C. (Horizonte Ferradeira). Los ajuares funerarios también incluyen vasijas de cerámica, armas y otros instrumentos, adornos y ofrendas alimenticias.

Se ha demostrado, por otra parte, que las agrupaciones de cistas típicas de Huelva y Sevilla estaban en muchos casos cubiertas de túmulos, que han hecho pensar en agrupaciones familiares o clánicas, aunque si tenemos en cuenta las diferencias entre las tumbas centrales y las periféricas, como por ejemplo en la tumba 5 de La Travesía (Almadén de la Pla-

Espada de lengüeta tripartita compuesta por una lámina con forma de lengua de carpa fabricada en la Edad del Bronce Final. Palma del Río, Córdoba.



ta), se puede hablar más bien de sistemas de dependencia. Las concentraciones son muy diferentes y, por ejemplo, en la comarca de la sierra de Huelva, las mayores son La Traviesa, El Castañuelo y El Becerrero, existiendo necrópolis muy pequeñas, alejadas de los poblados y relacionadas con una pervivencia de la demarcación territorial sacralizada típica del megalitismo. Los mayores grupos, sin embargo, se disponen en torno a poblados, como en los casos más orientales del cerro de La Peluca o El Lagar de las Ánimas, en la provincia de Málaga.

Los enterramientos en el interior de poblados en el bajo Guadalquivir son, en todo caso, esporádicos, habiéndose descrito hallazgos en Palma del Río, en Monturque y, sobre todo, en El Berrueco (Medina Sidonia) y Setefilla (Lora del Río), donde la sepultura localizada destaca por su ajuar de armas metálicas de grandes dimensiones. En la calle General Freire nº 12 de Carmona se ha señalado una gran concentración de niños en áreas de habitación, lo que podría indicar una mayor vinculación de éstos a las viviendas para mostrar la continuidad familiar y asegurar la herencia.

Se constatan también las reutilizaciones o la pervivencia de enterramientos en los dólmenes y otras sepulturas colectivas más antiguas, como en el dolmen del tesorrillo de la Llaná del cerro de Ardite (Alozaina) o el cerro de la Corona (Totalán), aunque los enterramientos son claramente de pocos individuos y, en general, sólo se usan espacios exteriores y anejos a los monumentos megalíticos preexistentes; por ejemplo, en Las Canteras y la cueva del Vaquero en El Gandul (Alcalá de Guadaíra-Mairena del Alcor) o en el dolmen de La Pastora (Valencina de la Concepción), donde se depositan jabalinas de bronce en un momento muy avanzado de su uso.

Por otro lado, en la sierra de Huelva se han propuesto tres niveles de asentamiento: el primero implicaría La Papúa II con más de 14 ha, el segundo, de hábitats de 1-1,5 ha con fortificaciones perimetrales, y el tercero de asentamientos menores sin cistas cercanas pero también fortificados. Se sitúan cerca de los



puntos dominantes, prefiriendo relieves montañosos alineados, lo que demuestra un fuerte interés estratégico. Los yacimientos se alejan de las áreas con buenas condiciones edáficas, pero el control de los accesos a las minas no supone el abandono de las áreas más aptas para el cultivo, al militarizarse el control de todo el territorio. En Cádiz, en el II milenio a.C., se produce la concentración poblacional, especialmente en los grandes núcleos preexistentes como La Mesa, Medina Sidonia o Los Charcones, que funcionan a modo de asentamientos centrales. Asimismo, aunque no se haya publicado en extensión, contamos también con numerosa información de las campiñas del alto Guadalquivir, donde destaca el complejo urbanismo de Marroquíes (Jaén), con casas ovales-rectangulares separadas por calles que se cruzan en ángulo recto,

El enterramiento individual en cistas, fosas y covachas fuera de los poblados es el rasgo más relevante del final de la Edad del Bronce. Entrada de la cueva de Viera ubicada en Antequera, Málaga.



El dolmen de La Pastora, ubicado en Sevilla, ha revelado la existencia de jabalinas de bronce utilizadas para la caza.

sin aterrazamiento, así como de las fortificaciones con torres del eje Alcores-Albalate-Berral (Porcuna).

Por lo que respecta al estudio de la estructura económica, existen evidentes problemas de relación entre los datos polínicos obtenidos en diversas turberas, que indicarían poco impacto sobre el paisaje, y las evidencias carpológicas de El Trastejón que incluyen cebada, trigo y habas, si bien los datos faunísticos de Setefilla demuestran, hasta ahora, el dominio de los ovicápridos frente a la variabilidad del sureste.

Finalmente, en la metalurgia predominan los elementos relacionados con el estatus en los ajuares funerarios, pero hay evidencias de escorias y goterones incluso en yacimientos cercanos al valle del Guadalquivir, como el del El Llanete de los Moros (Montoro). Los análisis realizados sugieren la explotación de menas locales y, en cuanto a los metales, al cobre y al oro se les suma la plata, que se cree obtenida de plata nativa y no de galena, ante la baja proporción de plomo en los elemen-

tos recuperados (es opinión mayoritaria de los especialistas que la técnica de copelación fue introducida bastante más tarde).

### El final de la Edad del Bronce

Frente a la hegemonía cultural mantenida en el sur de la Península por El Argar durante varios siglos, en el Bronce Final (1300-800 a.C.) la situación de los distintos territorios andaluces cambia en buena medida. La Alta Andalucía y el sureste desarrollan una cultura propia, el Bronce Final del sureste, en la que juegan un importante papel unificador las tradiciones de la común raíz argárica, cuyos ambientes regionales mantienen ciertos matices diferenciadores (alto Guadalquivir, depresiones granadinas, costa almeriense, etc.), todo ello mediatizado por la cada vez mayor influencia que a partir de fechas algo más recientes, pero siempre anteriores al cambio de milenio, se observa del territorio occidental tartésico sobre el alto Guadalquivir y el sures-

te. La entrada de materiales tartésicos tempranos, tales como la cerámica con decoración bruñida, diversos diseños en la decoración pintada y objetos de adorno metálicos, muestra la dependencia económica y quizá política de estas regiones con respecto al gran centro cultural que se desarrolla en estos momentos en la Baja Andalucía. Sin embargo, en esta última zona las referencias al mundo tartésico, especialmente para los momentos más avanzados del Bronce Final, no deben hacernos olvidar las diferencias entre áreas regionales (Huelva, bajo Guadalquivir, zona gaditana, campiñas cordobesas...), aun cuando la investigación ofrezca todavía importantes vacíos para estos momentos de transición hacia la historia. Aunque no poseemos la misma información que para periodos anteriores, puede afirmarse que el inicio del Bronce Final no supone en Andalucía un caos demográfico o un colapso general y repentino del sistema de desigualdad instaurado durante la época argárica, tal y como han pretendido algunos investigadores.

Durante los inicios del Bronce Final, la cultura material mueble más conocida es el grupo de cerámicas decoradas de Cogotas I, que ya abundan en la región durante el Bronce Tardío. Muestran motivos de guirnal-

das y metopas, conseguidos a partir de diversas técnicas a menudo combinadas: incisión, impresión de peine, excisión y, sobre todo, el boquique (profundización episódica en el proceso de incisión de una línea continua, que genera una especie de punto y raya). En el bajo Guadalquivir destaca la decoración bruñida, que ocupa el interior de cazuelas, fuentes y platos carenados. Cuencos y cazuelas de fondo semiesférico y pared corta tras una pequeña carena entrante (de hombro) son los recipientes de consumo más frecuentes, citándose también soportes de carrete biconocónicos y recipientes de almacenaje y de cocina ovoides con cuellos cortos o apenas indicados. En las fases más recientes la región tartésica se caracterizará por sus abundantes cerámicas pintadas con motivos geométricos, que recuerdan prototipos del Mediterráneo oriental.

Al proceso de descentralización política y dispersión del poblamiento del Bronce Tardío le siguió entonces una nueva centralización y concentración de la población, impulsada desde los grandes núcleos de carácter central, cuya posición les permitió mantener su sistema de exacción tributario y el reparto desigual de los rebaños y del terreno agrícola, en un marco general de intensificación reflejado,



Fragmento de ánfora de estilo tartésico orientalizante encontrada en Lora del Río, Sevilla.



La complejidad social del siglo X a.C. dio lugar a un gran desarrollo de la metalurgia como demuestran los objetos fabricados a partir de la aleación del cobre, el estaño y el plomo. Colección de espadas de bronce procedentes de la ría de Huelva.

por ejemplo, en el predominio de los bóvidos en varios asentamientos. La adscripción servil y clientelar a determinadas familias condujo a una mayor desigualdad entre ellas y posiblemente a la disolución de determinados mecanismos de cohesión comunal, estando en el Bronce Final el poder aristocrático cada vez más asentado en términos económicos, con hábitats de estructuras más dispersas, quizá una medida para controlar a los grupos dependientes.

Así, la reestructuración del poblamiento en el sureste se produce aprovechando los yacimientos argáricos que cumplen las exigencias de la nueva sociedad: amplios asentamientos con mesetas y laderas más bajas y mejor comunicadas, como en Cástulo (Linares, Jaén) o el cerro de la Encina y el cerro de los Infantes en la Vega granadina, con espacios que permitan el desarrollo del nuevo urbanismo de adscripción, compuesto por grandes cabañas de planta oval exentas y dispersas en pequeños grupos. Este nuevo urbanismo se mantendrá en todo el territorio andaluz has-

ta que las influencias fenicias, al iniciarse la Edad del Hierro, produzcan importantes transformaciones urbanísticas, con la rápida introducción del modelo de casa oriental, que se implantará en el urbanismo ibérico. En los poblados del Bronce Final de Cabezuelos (Úbeda) o cerro de la Encina, las viviendas ovals o casi rectangulares muestran una mayor complejidad interna que las antiguas cabañas calcolíticas de planta similar pero de menores dimensiones. Es cierto que, en algunos de estos asentamientos, como el peñón de la Reina (Albodoluy), pese a las grandes dimensiones del recinto amurallado, la dispersión de las viviendas, con estructuras anejas posiblemente para los rebaños, sugiere que la población no debe de haber sido muy abundante, aunque se hayan de tener en cuenta las dimensiones globales de los asentamientos, que en la mayor parte de los casos tienden a aumentar, y la dispersión de los edificios, que debe relacionarse con la necesidad de contar con grandes espacios separados para cada una de las «gentes» (o clanes) adscritas a las familias aristocráticas, tal y como sucede en el resto del Mediterráneo.

En el cerro de la Encina se ha constatado, además, que las cabañas tenían cubierta a dos aguas, apoyada en postes perimetrales embutidos en las paredes de tapial y en postes centrales. Las paredes internas estaban parcialmente revestidas de planchas de estuco con decoración geométrica acanalada. En el interior se distinguían áreas empedradas para actividades textiles, dada la localización de pesas ovals, contenedores de barro delimitados por piedras hincadas y hogares de barro endurecido. Por su parte, en el cerro del Real, sobre un zócalo de adobes de planta oval, se alzaban paredes de tapial que se ayudaban de postes exteriores, y éstos debían conformar un alero, mientras al interior la techumbre se apoyaba en pilares de adobe y mostraba un agujero central para la salida de los humos. Un banco corrido adosado al muro seguía todo el perímetro interior.

Similares cuestiones deben ser consideradas a la hora de interpretar el Bronce Final del valle del Guadalquivir, con grandes yacimientos en las inmediaciones o bajo las grandes



Fíbulas de bronce procedentes de Arganda, Madrid.

ciudades ibéricas, como es el caso del cerro de Los Alcores (Porcuna), la colina de los Quemados (Córdoba) o El Carambolo (Sevilla), que muestran una secuencia continua, y en algunos casos, como en el referido cerro de Los Alcores, El Berrueco (Medina Sidonia) y especialmente Setefilla (Lora del Río), con ocupaciones precedentes, importantes para estudiar los cambios en la cultura material que darán lugar al repertorio denominado tartésico del Bronce Final. También existen pequeños asentamientos de ocupación más episódica, a veces vinculados a explotaciones mineras, como Cerro Salomón en Riotinto (Huelva). Éstos suelen mostrar una cronología más tardía, entre los siglos IX y VII a.C., cercana al mundo orientalizante.

También en la organización interna, aunque los datos procedan en general de contextos posteriores al siglo IX, las viviendas de la Baja Andalucía muestran similitudes con las de Andalucía oriental. En San Bartolomé (Almonte), a una casa de unos 5 m de diámetro se anexan otras estructuras como corrales, al-

macenes y silos; ni siquiera en los casos de viviendas hipogeicas, como las de Pocito Chico (El Puerto de Santa María), se puede olvidar su amplia extensión, de entre 40 y 50 m<sup>2</sup>, con apoyo de postes para su cubierta y una riqueza de contenidos que habla de contactos de las elites con los primeros colonos fenicios.

La continuidad en el hábitat, aun con algunos desplazamientos, puede ayudar a explicar las reutilizaciones de sepulcros anteriores en el sureste, especialmente los megalitos, de lo que hay abundantes ejemplos en Fonelas, o la imitación en formas más simples como en Los Millares o en Qurénima (Antas), con incineraciones vinculadas tradicionalmente al mundo de los campos de urnas y datadas recientemente en una fecha tan temprana como en 1460 a.C. Este ritual funerario también se repite en varias tumbas localizadas en la provincia de Jaén: se trata de enterramientos de la clase alta, dada la riqueza de los ajuares, especialmente adornos en plata. En este sentido, son las elites las que, al controlar toda la comunidad, por la adscripción, condu-

cen la movilización ritual, lo que explica la escasez, y a menudo ausencia, de enterramientos, especialmente en el occidente de Andalucía, y la elección de otras manifestaciones, como los depósitos y estelas, que enfatizan el poder (por los objetos depositados o representados) de la clase dirigente, marcando, a favor de ésta, el territorio de explotación y las vías de desplazamiento, como han señalado E. Galán y M. Ruiz-Gálvez.

En Andalucía occidental, a partir del siglo IX, aparecen también las incineraciones bajo túmulo, como ejemplifica Las Cumbres (El Puerto de Santa María), donde se ha localizado, en el centro del túmulo, el *ustrinium* o fosa rectangular para la incineración de los cadáveres, en torno al cual se disponen los enterramientos en urnas incluidas en pequeñas

fosas. Similares son los ejemplos de los túmulos A y B de Setefilla, ligeramente más tardíos, donde queda patente la jerarquización social, estudiada por M<sup>a</sup>. E. Aubet, a partir de las cámaras centrales, incluso cuando se trate de grupos parentales —en el sentido ideológico de adscripción, por tanto— y los ajuares más pobres correspondan a niños y neonatos, y donde los estudios antropológicos han mostrado una baja esperanza de vida.

En realidad, sin esta complejidad social sería imposible explicar el gran desarrollo de la metalurgia, con aleaciones incluso ternarias (cobre-estaño-plomo) y con los primeros indicios de hornos más complejos. Entre los depósitos metálicos destaca el hallazgo de espadas de la ría de Huelva fechadas en el siglo X, e interpretadas, bien como parte de un pecio, bien



Las marismas del Odiel destacan como la zona más importante de marismas mareales del litoral andaluz. Se encuentran en la unión de la desembocadura de los ríos Tinto y Odiel, Huelva.



como resultado de actividades rituales de deposición en las aguas. Las relaciones con otros ámbitos del Mediterráneo quedan reflejadas en la llegada de cerámica micénica entre el Bronce Tardío y el Bronce Final (un fragmento de crátera y otro de una copa abierta en El Llanete de los Moros, en Montoro), y en la abundancia de diversos productos metálicos, en especial las fibulas de codo, que para algunos investigadores tendrían origen peninsular. En sentido contrario, depósitos como el de Sa Ída muestran la circulación desde Andalucía al Mediterráneo central de abundantes



bronces peninsulares. Para la correcta valoración de estos hallazgos se deben tener en cuenta, además, las facilidades que un paisaje costero más quebrado, con mayores refugios para los navíos, ofrecía para los contactos a larga distancia. Asimismo, la investigación geoarqueológica ha demostrado en los últimos años que los ríos andaluces, entre ellos el Guadalquivir, el Guadalete y el Tinto-Odiel, tenían estuarios mucho más pronunciados, con lagunas litorales, que favorecieron el comercio con otros lugares del Mediterráneo desde época precolonial.

La relación con otros ámbitos del Mediterráneo se refleja en la llegada a Andalucía de cerámica micénica entre el Bronce Tardío y el Bronce Final. Jarra con decoración excisa hallada en el valle del Manzanares, Madrid.



# Autores

## BELTRÁN FORTES, JOSÉ

Doctor en Arqueología por la Universidad de Málaga. Profesor titular de Arqueología de la Universidad de Sevilla desde 1990, y anteriormente de Córdoba (1988). Especialista en arqueología de Hispania romana. Actualmente dirige el proyecto «Arqueología de ciudades romanas de la Bética» (Ministerio de Educación) y el grupo de investigación «Historiografía y Patrimonio Andaluz» (Junta de Andalucía).

## BENDALA GALÁN, MANUEL

Doctor en Historia por la Universidad de Sevilla, ejerce como agregado y, después, como catedrático de Arqueología en la Universidad Autónoma de Madrid desde 1977. Especialista en protohistoria hispana y arqueología hispanorromana, es miembro y patrono de numerosas instituciones académicas y científicas nacionales y extranjeras (Academia Sevillana de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, Real Academia de Doctores, Instituto Arqueológico Alemán, L'Ordre des Palmes Académiques de Francia, Museo Arqueológico Nacional, Fundación Pastor de Estudios Clásicos, etc.). Redactor del texto correspondiente a la Prehistoria y a la Antigüedad en la primera edición de la *Historia de Andalucía*. Es el director del presente volumen.

## BERNAL CASASOLA, DARÍO

Doctor en Filosofía y Letras (Geografía e Historia, especialidad Prehistoria y Arqueología) por la Universidad Autónoma de Madrid. Es especialista en historia económica de la Hispania antigua. Profesor titular de Arqueología en la Universidad de Cádiz. Codirector de los cursos internacionales de arqueología clásica en Baelo Claudia y del proyecto Benzú. Académico correspondiente de la Real Academia de la Historia en Cádiz.

## BLANCO FREIJEIRO, ANTONIO (1923-1991)

Estudió en la Universidad Complutense de Madrid y completó su formación en Oxford y Heidelberg. Discipulo de A. García y Bellido, le sucedió en su Cátedra de Arqueología Clásica en Madrid, en 1973. Desde 1959 hasta 1973 fue catedrático en la Universidad de Sevilla, donde creó escuela y dejó una profunda impronta personal y académica. Director de la Academia de España en Roma. Miembro de la Real Academia de la Historia. Gran conocedor de las culturas clásicas de Grecia y Roma, se interesó también por las del Próximo Oriente y Egipto e hizo aportaciones fundamentales a la arqueología ibérica y la castreña. A su profunda investigación unió un especial interés por la divulgación en magníficos manuales, traducciones y centenares de artículos.

## CABALLOS RUFINO, ANTONIO

Catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Sevilla, complementa el estudio de las elites romanas, especialmente el de las motivaciones y dinámica de las promociones supraprovinciales, con el análisis de los procesos de municipalización. Coeditor del «Senado Consulto de Gneo Pisón padre» y responsable de la publicación de una nueva tabla inédita de la ley colonial de Osuna.

## CÁMARA SERRANO, JUAN ANTONIO

Doctor en Prehistoria, profesor del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada. Especialista en el análisis del ritual funerario y el papel de la ideología en la transformación social, en el marco de la Prehistoria reciente europea. Director del proyecto de investigación «Las sociedades estatales de la Edad del Bronce del alto Guadalquivir», con la excavación del poblado de Peñalosa (Baños de la Encina). Ha participado en numerosos proyectos, tanto en Andalucía como en Castilla-La Mancha o en Cerdeña.

## CHAVES TRISTÁN, FRANCISCA

Doctora en Filosofía y Letras por la Universidad de Sevilla. Profesora titular de Arqueología en la Universidad de Sevilla. Es especialista en numismática y arqueología. Directora del grupo de investigación «De la Turdetania a la Bética», que viene realizando diversos proyectos sobre el proceso histórico-arqueológico del sur hispano de los siglos VII a.C. a II d.C. Miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia.

## CHIC GARCÍA, GENARO

Doctor en Historia por la Universidad de Sevilla, especialista en historia económica. Catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Sevilla desde 1989. Director del programa de investigación sobre «La Bética en su patrimonio histórico», su última publicación es: *Economía de prestigio versus economía de mercado*, Sevilla, 2006.

## CORREA RODRÍGUEZ, JOSÉ ANTONIO

Doctor en Filosofía y Letras (Filología Clásica) por la Universidad Complutense de Madrid. Catedrático de Filología Latina de la Universidad de Sevilla. Es especialista en epigrafía y lenguas paleohispánicas.

## GARCÍA Y BELLIDO, ANTONIO (1903-1972)

Catedrático de Arqueología Clásica en la Universidad Complutense, fundó el Instituto Rodrigo Caro del Consejo Superior de Investigaciones Científicas para la in-

vestigación en arqueología e historia antigua, y su principal órgano de difusión, la revista *Archivo Español de Arqueología*. Fue autor de una obra ingente (sobre las colonizaciones en la península Ibérica, el arte romano, el ibérico, etc.), y aún vigente, que en el plano institucional y científico cimentó los estudios modernos de arqueología e historia antigua en España. Académico de la historia desde muy joven, miembro de importantes institutos nacionales y extranjeros, fue un cauce fundamental para la apertura de las ciencias de la Antigüedad en España a un horizonte internacional a mediados del pasado siglo.

## GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, JULIÁN

Doctor en Filología Clásica, es especialista en epigrafía latina. Catedrático de la Universidad de Sevilla desde 1998. Director del proyecto I+D «Adriano, emperador de Roma: documentos y fuentes para el estudio de su reinado» y del proyecto de excelencia de la Junta de Andalucía «Ciudades de la Andalucía romana y visigoda (siglos III a.C.-VII d.C.). Ordenación y vertebración del territorio».

## GONZÁLEZ ROMÁN, CRISTÓBAL

Doctor en Historia Antigua por la Universidad de Granada, especialista en historia de la Hispania romana. Catedrático de la Universidad de Granada desde 1991. Ha participado en diversos proyectos internacionales, como la revisión del *Corpus Inscriptionum Latinarum*, y ha dirigido asimismo diversos proyectos nacionales sobre la romanización de la Bética.

## LUZÓN NOGUÉ, JOSÉ MARÍA

Catedrático de Arqueología en la Universidad Complutense, Madrid, y especialista en arqueología clásica. Doctor por la Universidad de Sevilla, después catedrático de Arqueología en la Universidad de Santiago de Compostela y de Cádiz. Ha sido Director del Museo Arqueológico Nacional, Director General de Bellas Artes y Archivos y Director General del Museo del Prado. Miembro de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Excavador en Itálica, entre sus libros figura una obra sobre historiografía titulada *Sevilla la Vieja* (Sevilla, 1999).

## MOLINA GONZÁLEZ, FERNANDO

Doctor en Prehistoria y especialista en las edades del Cobre y del Bronce en el sur de la península Ibérica. Director del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada y catedrático de Prehistoria desde 1987. Entre sus excavaciones destacan las efectuadas en el poblado y la necrópolis de la Edad del Cobre de Los Millares, el asentamiento y la necrópolis megalítica de Las Peñas de los Gitanos (Montefrío) y los yacimientos granadinos de la Edad del Bronce del cerro de la Encina (Monachil), cuesta del Negro (Purullena) y Castellón Alto (Galea), así como el asentamiento fortificado de La Motilla del Azuer en La Mancha.

## PRIETO MARTÍN, ANTONIO

Catedrático emérito de la Universidad Complutense de Madrid. Codirector con el profesor José María Jover de la colección de Historia y Humanidades de Editorial Planeta. Director del volumen *La cultura*, de la *Historia de Andalucía*, Barcelona, 1975. Correspondiente de la Academia de Buenas Letras de Barcelona y de la Pontificia Insigne Accademia di Belle Arti e Lettere dei Virtuosi al Pantheon de Roma. Director General de la presente *Historia de Andalucía*.

## REMESAL RODRÍGUEZ, JOSÉ

Doctor en Historia Antigua por la Universidad Complutense. Catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Barcelona desde 1988. Especialista en historia social y económica del Imperio romano. Codirector del proyecto Monte Testaccio (Roma). Director del proyecto «Timbres amforiques» de la Union Académique Internationale. Miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia, de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras y del Instituto Arqueológico Alemán. Es también miembro libre de la Casa de Velázquez y miembro de la Alexander von Humboldt-Stiftung.

## RODRÍGUEZ NEILA, JUAN FRANCISCO

Catedrático de Historia Antigua y Director del Departamento de Ciencias de la Antigüedad y Edad Media de la Universidad de Córdoba. Es especialista en historia de la Hispania romana. Línea científica principal: estructuras sociales de las ciudades y administración municipal. Director del grupo de investigación del Plan Andaluz de Investigación y miembro de la Real Academia de la Historia. Publicaciones: *Sociedad y administración local en la Bética romana*, Córdoba, 1981; *Confidentes de César. Los Balbos de Cádiz*, Madrid, 1992; *Tabulae Publicae. Archivos municipales y documentación financiera en las ciudades de la Bética*, Madrid, 2005.

## SÁEZ FERNÁNDEZ, PEDRO

Profesor titular de Historia Antigua de la Universidad de Sevilla. Es especialista en historia agraria y ordenación territorial en época romana. Director-Coordinador del grupo de investigación HUM 441 (Junta de Andalucía), «Campo y ciudad», que consiste en un estudio de la ordenación territorial de Andalucía en la Antigüedad.

# Bibliografía

- ABAD CASAL, L., *El Guadalquivir, vía fluvial romana*, Diputación Provincial, Sevilla, 1975.
- ALMAGRO GORBEA, M., *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico*, Real Academia de la Historia, Madrid, 1996.
- AUBET SEMMLER, M<sup>a</sup>. E., *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Ediciones Bellaterra, Barcelona, 1987; reimp., 1997.
- BARANDIARAN MAESTU, I., MARCI OLIVER, B., RINCÓN MARTÍNEZ, M. A. del, MAYA GONZÁLEZ, J. L., *Prehistoria de la península Ibérica*, Ariel, Barcelona, 1998.
- BELTRAN FORTÉS, J., GASCÓ LACALLE, F. (eds.), *La Antigüedad como argumento. Historiografía de Arqueología e Historia antigua en Andalucía*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1993-1995, vols. I y II.
- BENDALA GALÁN, M., «La Antigüedad», *Historia de Andalucía*, Cypsa/Planera, Barcelona, 1980, vol. I, pp. 79-182.
- *Tartessos, iberos y celtas. Pueblos, culturas y colonizadores de la Hispania antigua*, Temas de Hoy, Madrid, 2004 (3<sup>a</sup> ed.).
- BLANCO FREIJEIRO, A., *Opera Minora Selecta*, en J. M<sup>a</sup>. LUZÓN NOGUE, P. LEÓN ALONSO (eds.), Universidad de Sevilla, Sevilla, 1996.
- BLASCO BOSQUED, M<sup>a</sup>. C., *El Bronce Final*, Historia Universal, Prehistoria n<sup>o</sup> 7, Editorial Síntesis, Madrid, 1993.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M<sup>a</sup>., ALVAR EZQUERRA, J., GONZÁLEZ WAGNER, C., *Fenicios y cartagineses en el Mediterráneo*, Cátedra, Madrid, 1999.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M<sup>a</sup>., REMESAL RODRÍGUEZ, J. (eds.), *Estudios sobre el Monte Testaccio (Roma)*, Barcelona, vol. I (1999), vol. II (2001) y vol. III (2003).
- CABALLOS RUFINO, A., *Los senadores hispanorromanos y la romanización de Hispania (Siglos I-III)*, vol. I: *Prosopografía*, Écija (Sevilla), 1990.
- CHAPMAN, R. W., *La formación de las sociedades complejas. La península Ibérica en el marco del Mediterráneo occidental*, Editorial Crítica, Barcelona, 1991.
- CHIC GARCÍA, G., *La Navegación por el Guadalquivir entre Córdoba y Sevilla en época romana*, Écija, 1990.
- *La proyección económica de la Bética en el Imperio romano (época altoimperial)*, Sevilla, 1994.
- *Historia Económica de la Bética en la época de Augusto*, Sevilla, 1997.
- CORTIJO CEREZO, M. L., *La administración territorial de la Bética*, Córdoba, 1993.
- CORZO SÁNCHEZ, R., TOSCANO SAN GIL, M., *Las vías romanas de Andalucía*, Consejería de Obras Públicas y Transportes, Sevilla, 1992.
- DOMERGUE, C., *Les mines de la Péninsule Ibérique dans l'Antiquité Romaine*, École Française de Rome, Roma, 1990.
- ÉTIENNE, R., MAYET, F., *Salaisons et sauces de poisson hispaniques*, Paris, 2002.
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, J., *Roma y las provincias: realidad administrativa e ideología imperial*, Madrid, 1994.
- GONZÁLEZ ROMÁN, C., *Ciudad y privilegio en Andalucía en época romana*, Universidad de Granada, Granada, 2002.
- GONZÁLEZ ROMÁN, C., PADILLA ARROBA, A. (eds.), *Estudios sobre las ciudades de la Bética*, Universidad de Granada, Granada, 2002.
- KEAY, S. (ed.), *The Archaeology of Early Roman Baetica*, JRA, Suppl. Series 29, Portsmouth, 1998.
- LÓPEZ CASTRO, J. L., *Hispania poena. Los fenicios en la Hispania romana*, Editorial Crítica, Barcelona, 1995.
- MOLINA GONZÁLEZ, F., CÁMARA SERRANO, J. A., *Los Millares*, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla, 2005.
- REMESAL RODRÍGUEZ, J., *La annona militaris y la exportación de aceite bético a Germania*, Madrid, 1986.
- RODRÍGUEZ NEILA, J. F., *Sociedad y administración local en la Bética romana*, Córdoba, 1981.
- ROUILLARD, P., *Les grecs et la Péninsule Ibérique du VIII<sup>e</sup> au I<sup>er</sup> siècle avant Jésus-Christ*, Publications du Centre Pierre Paris, Paris, 1991.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A., MOLINOS MOLINOS, M., *Los iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*, Editorial Crítica, Barcelona, 1993.
- SÁEZ FERNÁNDEZ, P., *Agricultura romana de la Bética*, Sevilla, 1987, vol. I.
- TOVAR LLORENTE, A., *Iberische Landeskunde*, vol. I: *Baetica*, Baden-Baden, 1974.
- UNTERMANN, J., *Monumenta Linguarum Hispanicarum*, vol. I (monedas), vol. III (inscripciones ibéricas) y vol. IV (inscripciones tartesio-turdetas y del suroeste), Wiesbaden, 1975, 1990 y 1997.
- VEGA TOSCANO, L. G., *La otra humanidad. La Europa de los neandertales*, ArcoLibros, Madrid, 2003.
- VV. AA., *Tartessos 25 años después, 1968-1993. Actas del Congreso conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, en D. RUIZ MATA (ed.), Jerez de la Frontera, 1995.
- VV. AA., *Testimonia Hispaniae Antiqua*, en J. MANGAS MANJARRES, D. PLACIDO SUÁREZ (eds.), Madrid, desde 1994.